



EL SORDO
Y EL MONTAÑES.

COMEDIA

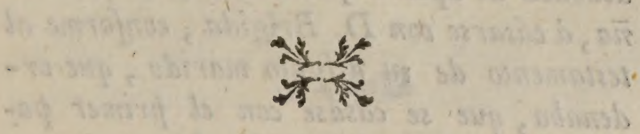
DE DON MELCHOR FERNANDEZ DE LEON.

¡Qué gran dicha le da
Dios, á quien le da una hermana! Jorn. II.

ADVERTENCIA.

Por mas diligencia que se ha puesto en indagar las circunstancias de Patria, nacimiento y tiempo , en que floreció Don Melchor Fernandez de Leon, han sido infructuosas todas mis indagaciones. Acaso las tendrá algun curioso , á quién agradeceré , el que me las comunique, para publicarlas.

En el indice general de comedias, impreso en un tomo en quarto en Madrid año 1735 , hay algunas con el nombre de este Poeta ; tales son : *Los tres mayores prodigios* : *Rendirse á la obligacion* y otras.



ARGUMENTO.

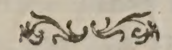
Doña Brígida de Aponte, viuda, moza y rica, tenia en su casa al Alferez D. Valerio Peñalosa, soldado pobre, que habiendo dado en requebrarla, como acostumbraba hacer con todas, la ganó la voluntad de modo, que gastaba con él su hacienda con la esperanza de casarse.

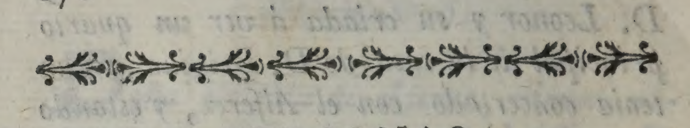
Galanteaba al mismo tiempo á D. Leonor, hermana de D. Simon, Agente y Letrado en Madrid, sordo en extremo. Sabiendolo D. Brígida, arroja de su casa al Alferez y á su criado, por cuyo medio se manejaban estos galanteos.

Al salir de casa, para ir á buscar posada, encuentra con ellos D. Suero de Llanos, caballero Montañes, ridículo, que acababa de apearse, viniendo de la Montaña, á casarse con D. Brígida, conforme al testamento de su difunto marido, que ordenaba, que se casáse con el primer pariente de la familia de los Llanos, y que en caso de resistirlo, pasáse á éste la herencia de su hacienda.

Trahia D. Suero una carta de recomendacion de un hermano de D. Valerio para él, con cuyo motivo se va á hospedar con el recien venido al meson: á cuyo tiempo van

D. Leonor y su criada á ver un quarto principal de la casa de D. Brigida, segun tenia concertado con el Alferez, y estando mostrandola la casa, llega el sordo, Agente, que amaba á la viuda, y poco despues D. Suero, que se enamora de repente de D. Leonor; de cuyos antecedentes se originan los zelos de los tres, que dan motivo á varios lanzes, y finalmente á que D. Suero desafie al Sordo y á D. Valerio al callejon de San Blas, donde riñendo con los dos, sobrevienen D. Brigida y D. Leonor, que cortan el duelo: casandose ésta con D. Suero, y aquella con el Alferez.





PERSONAS.

DOÑA BRIGIDA, *Viuda*.

DOÑA LEONOR.

JUANA, *Graciosa*.

INES.

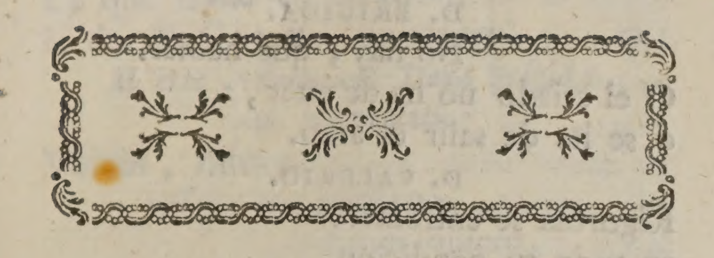
DOMINGO, *Criado*.

D. VALERIO.

D. SUERO.

D. SIMON.

BUSTOS, *Gracioso*.



EL SORDO
Y EL MONTAÑES.

JORNADA PRIMERA.

Salen Don Valerio, Juana y Bustos huyendo de D. Brígida, que sale tras ellos con un chapin en la mano.

BUSTOS.

Corriendo voy como un gamo.

JUANA.

Huye, Bustos.

D. BRIGIDA.

No hay, què hablar.
O el criado no ha de estar,
ó se ha de salir el amo.

D. VALERIO.

Rigorosa se entremete
en todo tu condicion.

D. BRIGIDA.

Basta, sufrirle bufon,
sin que le pague alcahuete.

BUSTOS.

¡Qué corage tan tirano!

JUANA.

Bustos está tamañito.

D. BRIGIDA.

¿Qué trastos de señorito?
Buscaremosle un enano.

D. VALERIO.

Ya esta no es vida; y bastaba
la sujecion, que hay en mí:::

D. BRIGIDA.

Si no está muy bien aqui,
vuelvase, donde se estaba.

D. VALERIO.

Si haré; pues mi suerte topa
vida, que muerte presumo.

D. BRIGIDA.

Jesus, la ida del humo.
Juana, sacale su ropa.

La que traxo en el seron,
le da. Si él se va, yo muero. *ap.*

Al irse, detienele Doña Brígida.

D. VALERIO.

Vamos, Bustos.

D. BRIGIDA.

Antes quiero,
que por via de sermon,
porque salga con buen pie,
(pues lo que pierde no llora)
sepa, lo que era ahora,
y sepa, lo que antes fue.

BUSTOS.

La colera se la pasa,
pues largas á su ira aplica.

D. VALERIO.

¿Brígida, á quién se predica,
para echarle de su casa?

D. BRIGIDA.

¿A quién se predica? A él,
(su humildad mis ansias crece)
qué él es, quien mas lo merece,
por el hombre mas infiel.

D. VALERIO.

¡Bustos, hay tal cautiverio!

BUSTOS.

Baxa los ojos y escucha.

D. BRIGIDA.

Amor y enojo en mí lucha. *ap.*

Oyga el señor Don Valerio.
De la insigne Barcelona,
donde diz, que alferez fue,
vino, sin traher mas que
su honradisima persona.
Un vestido, que ahunque quiera
decir de que, no podia,
por la duda, que ponia,
tantas cosas de que era.
En camisa quiso estar
firme su cuerpo galante;
y era por fuerza constante,
pues no se podia mudar.
Lácio el sombrero, y dexadas
á languideces tan sumas
sus alas, que ya no plumas
pedian, sino puntadas.
Si, viendoos galan, al oir
lo que hablo, decis, que miento,
todo está en un aposento:
no me dexará mentir;
porque, guardandolo, intento,
viendoos esa vanagloria,
ajar con esta memoria
ese desvanecimiento.
Sali á misa un triste dia:
visteisme; qué os pareci,
no lo sé; pero adverti,
que con medrosa porfia

me seguisteis, hasta entrar
en la iglesia, donde en todo
lo que estuve, no hubo modo,
de obligaros á callar.
Viendo, lo que porfió
vuestro acento, reparé
en vos, y al punto alabé,
quien tan gran haliento os dió;
porque hablar recio y aprisa,
con muy amantes razones
un hombre, á quien sus calzones
no le callan su camisa,
por prueba mi opinion halla,
de mas valor y mas brio,
que salir á un desafio,
y asaltar una muralla.
Mas yo tengo averiguado,
que en la milicia ha tenido,
el que está mas descosido,
voto de mejor soldado.
Y asi con esta licencia
proseguisteis, en hablar,
y llegandose á acabar
la misa, una reverencia
me hicisteis, con tan rendido
acatamiento de vos,
que presumo, que á ser dos,
no lo sufriera el vestido.
Y meneando la cabeza,

con un gesto muy vulgar
os pusisteis, á parlar
con esotra buena pieza,
á quien compañero quiero
llamarle, mas que criado;
pues criado mal pagado
es en casa compañero.
Si viera ahora esas vanas
altivezes la figura
de los dos, con la pintura
se os quitarian mil canas.
Salisteis muy rozagante
hablando conmigo; mas
yendo unas veces detras,
y otras pasando delante.
Llegué á mi casa, y aprisa,
porque no os adelantaseis,
para decir, que os quedaseis,
pedi licencia á mi risa.
Obedecisteis cortés;
que es la prenda de soldado;
pero el haberme dexado,
vino á importar poco; pues
luego vuestra peregrina
asistencia me veló
tanto, que nadie miró
sin el andrajo la esquina.
Dia ni noche inhumanas
no hubo del cano Enero,

que no feriase el brasero,
al cierzo de mis ventanas.
Tanta la continuacion
fue de su fino cuidado,
que me introduxo un agrado,
puesto entre una compasion.
¡Oh amor, quien las falsedades
conoce de tus harpones;
pues hasta de compasiones
sabes tú hacer tus crueldades!
Lo que en vos vi, no lo sé;
ni sé, responderme á mi,
quando noto, lo que ví,
y lloro, como cegué.
Solo tu, amor, que atropellas
las almas, y las igualas,
responde con esas galas,
que pones á las estrellas.
Yo os rendi aquel defendido
rigor, que esquiva guardé;
y tanto, que ya llegué,
á confensarlo rendido.
Entróse vuestra impaciencia
dentro en mi pecho cobarde,
haciendo soberbio alarde
de toda mi resistencia.
Veis, en medio de que tan
desaliñado os temía;
pues cierto y por vida mia,

que estabades muy galan.
Dexo papel, lance, empeño,
comun cartilla de amor,
y voy, á que mi rigor
paró, en haceros el dueño
del alma; y sin reparar,
que en continuo miedo iba
siendo blanco de la esquiva
murmuracion del lugar:
sin ver, que es muy contingente,
ahunque mi rigor le engaña,
que venga de la Montaña
(de donde sois) un pariente,
á que, con que nos casemos,
(no lo permita mi Dios)
se fenezca entre los dos
un gran pleyto, que tenemos.
Al cabo (en vano reprimo
este dolor, que me abrasa)
digo, que os traxe á mi casa
con el titulo de primo.
Mas visteis, quanto al empeño
de ser, quien soy satisfice,
que, ahunque de mi casa os hice
dueño, no de mi honor dueño.
Pues este triunfo dichoso,
bien sabeis, que le guardé
para el feliz dia, en que
llegaseis, á ser mi esposo.

Lo primero, mi señor,
porque mi fineza obre,
fue quitaros de lo pobre
aquel malisimo olor.
Y ya os tengo asegurado,
que de mi amante paciencia
fue no mala diligencia,
porque estaba muy pegado.
Dos vestidos luego os hizo
mi cariñoso desvelo,
uno, fondo terciopelo,
y el otro, labrado rizo.
Lo demás á largas costas
mi condicion nunca avára,
ya en puerta de Guadalajara,
ya en la calle de las Postas,
lo dispuso de manera,
que viendoos ya tan pulido,
vos á vos propio, he creido,
preguntabades, quien era.
Porque los bolsillos mudos
en mil lances no calláran,
hice, que nunca os faltáran,
lo que llaman ocho escudos.
Hasta el lacayo desvelo
le costó á mi necio engaño,
con un vestido de paño
y cabos de terciopelo.
En quanto á la mesa, infiero,

nunca el apetito dió
quexa, pues nunca faltó
ave, gigote y puchero.
Al principio con el trage
nuevo, andaba muy medido,
recojiendose al debido
termino de pupilage.
Eran todos sus placeres
mi sujecion, sin que hubiera,
quien otra razon le oyera,
mas de *lo que tú quisieres.*
Tan humilde, tan humano
en estos principios era,
que, para salir á fuera,
solia besarme la mano.
Con esto se iba mi daño
texiendo en mi corazon,
yendo sobre su traycion
la fábrica de mi engaño.
Pero apenas mi lealtad
vió, quando con desmasia
empezò su alevosia,
fiada en mi seguridad.
Ya iba quitando los ratos
á la asistencia; ya hablaba
recio; ya de noche enviaba
por broquel y por zapatos;
ya (sabiendo, que es la pena
mayor) muy tarde venia,

y con descoco reñia,
si estaba fria la cena.
Ya al salir, me ponia tasa;
ya á las criadas ponia ceño;
ya hacia todo lo que el dueño
podia hacer de la casa.
Todo lo ofrecia á los cielos;
pues la culpa me he tenido;
pero lo que no he ofrecido,
ni ofreceré, son los zelos.
¡Yo mis finezas sencillas
emplearlas en un traydor,
que á costa de mi favor,
festeja mil mujercillas!
No, rey mio. Yo no quiero,
ni me parece razon,
que mi desestimacion
la compre con mi dinero.
Que esto se acabó, le advierto;
lo ya perdido perdido;
veamos, si puede el olbido
borrar algo el desacierto.
De vos no acordarme intento;
y ahunque me acuerde en tal gloria,
no ha de poder mi memoria
desafear mi escarmiento.
Ya contra el vendado niño
resuelta esta mi razon;
quexosa resolucion

puede mas, que no cariño.
De casa os salid, y fuera
mucho bien os haga Dios;
que, aunque me vea sin vos,
no hayais miedo, que me muera. *vase.*

JUANA.

Espera. ¿De su tirana
condicion, que es el intento?

D. VALERIO.

¡Ay, Juana, por tí lo siento!

BUSTOS.

¡Pues que, tambien á mi Juana!

D. VALERIO.

Solo mi suerte severa
por tu amor llora.

JUANA.

Desvia.

BUSTOS.

Señor, valga cortesia.

JUANA.

A Dios; que mi ama me espera. *vase.*

BUSTOS.

Buenos habemos quedado.

D. VALERIO.

Gracias á Dios, que salí
de tales prisiones.

BUSTOS.

¿Di,
hombre mal aconsejado,

¿será mejor (sea quien fuere)
sufrir, en lo que maltrata,
una hambre, que te mata,
ó una dama, que te quiere?
¿Hay quien tenga por verdad,
y no por gran ligereza,
el que oprima una fineza,
mas que una necesidad?
Cuerpo de Christo con él.
¿Piensa, que en qualquier esquina
se encuentra una dama China,
ó prebenda moscatel?
Pues vive muy engañado,
si, á juzgarlo, se dedica.

D. VALERIO.

¿Tambien usted me predica?

BUSTOS.

Si. Y pues esto se ha acabado,
hoy mi libertad intenta,
salir de hombre tan perdido.
Yo me voy.

D. VALERIO.

¿Te has despedido?

BUSTOS.

Si, señor.

D. VALERIO.

Daca la cuenta.

BUSTOS.

¡Cuenta! Graciosas porfias.

¿Qué dineros encargados
tengo?

D. VALERIO.

Cuenta de recados,
que te he mandado estos dias.

BUSTOS.

Porque en mis obras fieles
en ningun tiempo haya duda,
para dar mi cuenta, acuda
á la fe de los papeles.

Saca un talego de papeles.

Sin que á mi verdad temor
hoy le causen tus intentos,
te enseñaré los mementos
de la agencia de tu amor. *saca uno.*
Primeramente, en la calle
del Sordo vive una dama
viuda y moza, que se llama
Doña Maria del Valle.
Esta recibido tiene
ya un papel, y la criada
Cathalina, está pagada
para todo el mes que viene.

D. VALERIO.

A esa mujer reverencia
mi amor por su gran mesura;
es dama, que su hermosura
la trata con gran decencia.
Prosigue.

BUSTOS *sacando otro.*

Junto al convento
de Pinto vive la hija
del Indiano. En la prolixa
tema de su casamiento
insta, y sin él, no hay bastante
medio, de poderla hablar.

D. VALERIO.

Por ahora no ha lugar
boda; acuerdelo adelante.
Vaya otra.

BUSTOS *saca otro.*

La cuñada
rolliza del zapatero:::

D. VALERIO.

Es mujer, como las quiero.

BUSTOS.

Está:::

D. VALERIO.

Di.

BUSTOS.

Al lunes citada.

D. VALERIO.

¿Para el lunes?

BUSTOS.

Si; su trote
ese dia á tí le envia.

D. VALERIO.

¿Pues por qué?

BUSTOS.

Porque es el dia
de entredicho de cerote.

D. VALERIO.

El que ni ahun los desperdicios
logra de su estrella ruin,
no ha de poder pasar sin
dama de todos oficios.

BUSTOS *saca otro.*

La boba, que da en hacer
de lo culto necio alarde,
respuesta me dió ahier tarde.

D. VALERIO.

Daca; que la quiero leer.
A nada el gusto acomodo
tanto, como á una afectada,
que no sabe decir nada,
y lo quiere decir todo.

Dale un papel y lee.

Señor mio: Si lo intrinseco de su corazon recapacitára la exterioridad de su fineza, pudiera su cuidado fiduciar algo mi despego; pero como son tan inequales las demostraciones á los intentos, hasta apurar los unos, dexo de satisfacer á los otros.

BUSTOS.

No es estilo, que qualquiera
hablar en él, acertó.

D. VALERIO.

Muy bueno estaba, si yo
el *fiduciar* entendiera.

BUSTOS *sacando otro.*

Leonor : : :

D. VALERIO.

Di la bella aurora,
que siempre fino he adorado.

BUSTOS.

Con ella hoy he quedado,
en que ha de venir ahora,
á ver, (pues que ya previene
tu insolencia empeño tal)
ese quarto principal,
que desocupado tiene
Doña Brígida en su casa,
con que lograr pretendias,
tener dos, donde vivias.

D. VALERIO.

Delante mi intento pasa.

BUSTOS.

Y ahora lo harás mejor;
porque Brígida, al oillo,
rabie mas.

D. VALERIO.

¿Viste al Sordillo,
el hermano de Leonor?

BUSTOS.

No, señor; que con la agencia

de Palacio asegurado
está; y tambien he juzgado,
que es sordo de conveniencia.

D. VALERIO.

¿No hay mas?

BUSTOS.

Como en tu liviana
condicion á Madrid ves
partido en barrios, este es
el barrio de esta semana.

D. VALERIO.

Ahunque en servirme, interesas,
no apures mi condicion,
pues ahun mas faltan.

BUSTOS.

¿Quién son?

D. VALERIO.

Las criadas de todas esas.
Cree, que es la mayor fortuna,
si á probarlo te acomodas,
la de morirse por todas,
y no morir pot ninguna.
Mientras en mas damas ceba
un hombre su amor, se apura
menos; pues el fuego dura
con la llama de la nueva.
Amor de una, ahunque eterniza
la fe, que alabando estás,
creeme, Bustos, que no es mas

de una caliente ceniza.
Yo asi al tiempo me acomodo.

BUSTOS.

Y haces muy bien.

D. VALERIO.

Y asi vivo.

D. SUERO *dentro.*

Domingo, ten ese estrivo.

DOMINGO *dentro.*

Valga el diablo tanto lodo.

BUSTOS.

¿Señor, en tu vida has visto
tan extraordinario gesto,
y tan ridiculo trage,
como el de aquel forastero,
que en ese meson se apea?

D. VALERIO.

Bustos, de aquel modo mesmo
vine yo.

D. SUERO *dentro.*

Acomoda el macho,
y dale despues un pienso
á tus alpargatas rucias,
y me freirás un torrezno,
mientras yo doy una vuelta
al lugar, por si es que encuentro,
para quien traygo esta carta,

Sale Don Suero rídiculo.

BUSTOS.

Ya sale.

D. VALERIO.

Raro sujeto.

D. SUERO.

Muy buen casco es de lugar.

BUSTOS.

De risa me estoy muriendo.

D. SUERO.

Aqui hay dos hombres; que no es
milagro en Madrid, haberlos
á aquestas horas. Yo, á Dios
y á la ventura, me allego.

BUSTOS.

Hácia nosotros se acerca.

D. VALERIO.

No te rias.

Llégase Don Suero.

D. SUERO.

¿Caballeros::: ?
(si es que sois de la Montaña;
porque si no, *volaverunt.*)

BUSTOS.

Buena entrada.

D. SUERO.

Me sabreis
decir, adonde hallar debo
al dueño de aquesta carta?

D. VALERIO.

¿Cómo se llama?

D. SUERO.

No puedo
deciros como; porque
me encargó mucho el secreto
no acordarme de su nombre,
y no saber leer. Mas esto
se remedia, con que vos,
si no os sucede lo mesmo,
la leais el sobrescrito.

D. VALERIO.

Dadmela acá.

Dasela Don Suero, y lee Don Valerio.

A Don Valerio
Peñalosa, guarde Dios:::

D. VALERIO.

¡Quién este hombre será, cielos!

D. SUERO.

¿De qué os admirais?

D. VALERIO.

De ver
eslabonado un suceso,
tan dificil en Madrid,
como es, hallarse en un puesto
dos, que se buscan. Yo soy,
señor, al servicio vuestro,
Don Valerio Peñalosa.

D. SUERO.

Mucho os estimo el encuentro;
y antes que con la ignorancia
arriesgueis el tratamiento,
que me pertenece, leed
la carta; que pues vos, creo,
Montañés sois, bien sabreis,
lo que se aventura en esto.

D. VALERIO.

Leo con vuestra licencia.

D. SUERO.

Desde ahora os la concedo.

D. VALERIO *abre la carta y lee.*

El señor Suero de Llanos:::

D. SUERO.

Ahí es algun echa-cuervos.
Esperad; porque no daña
la claridad á su tiempo.

D. VALERIO.

¿Qué me quereis?

D. SUERO.

Advertiros,
no son mis Llanos de aquellos
del valle baxo.

BUSTOS.

Ya sabe
mi amo, sois Llanos de cerros.

D. SUERO.

Es, que en un propio apellido

hay de lo malo y lo bueno.
Ahora adelante.

D. VALERIO *lee.*

El Señor
Suero de Llanos, que es dueño
de la casa de los Llanos,
vá á Madrid, con el intento,
que os dirá; y pues yá sabeis,
quanto nos empeña el deudo
y la amistad, en servirle,
que lo hagais, no os encarezco.
Dios os guarde muchos años.
Vuestro hermano Don Alexo.
Excusada era la carta
con mi obligacion; y siento,
ser hoy tan recien venido
de campaña, que me veo
en la Corte con la poca
prevencion de forastero.

BUSTOS.

Por tu culpa: valga el diablo
tu condicion.

D. VALERIO.

Y hoy intento
tube, de mudar posada;
porque, la que hallé primero,
para andar en pretensiones,
y con lodos, era lejos;
y pues vos habeis venido

á tan venturoso tiempo:::

BUSTOS.

Vive Dios, que se la pega.

D. VALERIO.

Por muy acertado tengo:::

D. SUERO.

¡Qué he escuchado!

D. VALERIO.

Que los dos
un quarto solo tomemos;
que yo, practico en Madrid,
bien aseguraros puedo,
que no os dexaré perder.

D. SUERO.

Mirad, Señor Don Valerio,
mientras mas amigos mas
llanos, dice el proverbio.
Y pues, que mas llanos dice,
hablando con todos, creo,
que hablando con Llanos, mucho
mas llano, que hable, es cierto.
La bolsa de la montaña:::

BUSTOS.

Vive Dios, que le olió el perro.

D. VALERIO.

Tened; porque me he corrido,
de que penseis, que yo puedo
permitir, que en qualquier parte
donde vamos, en dinero

repare yo.

D. SUERO.

Amigo mio,
la claridad es primero,
que todo; y porque la alhaja
mejor del mundo es el tiempo,
no le perdamos.

D. VALERIO.

Decis
muy bien. Contadme el intento,
á que venis á la corte.

D. SUERO.

A una de dos cosas vengo,
que juzgo, es lo propio la una,
que la otra.

D. VALERIO.

No os entiendo.
Si son distintas las cosas:::

D. SUERO.

Yo me explicaré, oid atento.
Juan Barradas:::

D. VALERIO.

¡Qué he escuchado! *ap.*
¿Este, si mal no me acuerdo,
no es el nombre del marido,
que tubo Brigida?

D. SUERO.

Nieto
de Pedro Barradas, vino

á Madrid, adonde luego
se casó::: ¿No estais conmigo?

D. VALERIO.

Ya os escucho.

D. SUERO.

Segun pienso,
con Doña Brigida Aponte,
noble y rica.

BUSTOS.

Ahí vá eso.

D. SUERO.

Murió sin hijos (que á muchos
casados pasa lo mesmo)
y antes de morir (porque
despues no pudiera hacerlo)
la dexó por heredera
en valido testamento
de sus bienes; mas la puso
un conque el mas raro y nuevo,
que jamas se oyó; pues dixo,
que en pasandose el primero
año, habia de casarse
con el mayor heredero
de la casa de los Llanos;
que ahunque tiene parentesco
con la suya, no tan grande,
que impida el poder hacerlo;
y donde no, que pasase
la hacienda al dicho primero

Llanos. Aqueste es en suma
el caso; y pasado el tiempo,
que ha mandado el testador;
siendo yo por privilegio
de Dios el mayor de todos
los Llanos:::

BUSTOS.

Y los jumentos.

D. SUERO.

Y un poco mayor, que otro
hermanillo mas pequeño,
vengo hoy despues de porfias
grandes, que por cartas tengo
hechas á la tal, á ver,
si resuelve el casamiento,
ú darme mi hacienda; con que,
si ella dificulta, es cierto,
que pleyto la he de poner.
Si viniere en el concierto,
y se casa, á pleyto peor,
y mas largo me condeno:
con que os declaro, que á dos
cosas, y á una sola vengo;
pues es pleyto, si me caso,
y, si no me caso, es pleyto.

BUSTOS.

Cayóse la casa á cuestas.

D. VALERIO.

Venganzas me dan los cielos

de aquella enemiga.

D. SUERO.

¿Y vos,
sabreis poco mas ó menos,
donde vive esta señora?

D. VALERIO.

Si lo sé; y sé, que no es lejos
de aqui; porque la posada,
donde yo viví primero,
fue en su calle, con que tube
de ella noticia.

D. SUERO.

Pues tengo
por mejor, que aquello, que
ha de ser tarde, sea presto.
Ea, manos á la obra;
vamos hácia allá.

D. VALERIO.

Teneos;
porque á la primera vista,
juzgo, será desacierto,
ir de ese modo.

D. SUERO.

¿Qué es de ese
modo? Estais sin seso.
¿Pues un hombre como yo,
ha menester mas arreo,
que su gala *gratis data*?

D. VALERIO.

Sin embargo el lucimiento
puede mucho.

D. SUERO.

Para otros;
pero no para sujeto,
que nació con garbo infuso
por natural privilegio.
¿Somos unos todos?

Sale Domingo.

DOMINGO.

Ya,
mio señor, los torreznos
los sus chillidos dexaron
en la sarten; con que creo,
que están, diciendo, callando,
que es la hora, de comerlos.
¿Mas, quién son estos señores?

D. SUERO.

Paisanos.

BUSTOS.

Quien estarémos
siempre á la orden del seor
Domingo.

D. SUERO.

A almorzar entremos.

D. VALERIO.

Me place.

BUSTOS.

Ya se excusára
la panza al trote.

D. SUERO.

Y el cuerpo
compongamos para vistas;
que no es lance para menos.

Entrase Don Suero y Domingo.

Venid, Don Valerio.

D. VALERIO.

Ya
os sigo. ¿Viste tan nuevo
caso?

BUSTOS.

Tú eres venturoso
Sopista; pues al momento,
que una puerta se te cierra,
otra se te abre.

D. VALERIO.

Advirtiendo,
que esta es con la circunstancia,
de que la venganza veo
hoy de Brígida.

BUSTOS.

Entra, acaba;
porque, si te tardas, creo,
que el tal Suero de un bocado
acabará los torreznos.

Vanse, y sale Doña Leonor y Inés con mantos: Doña Brígida y Juana sin ellos.

D. BRIGIDA.

Este caracol secreto,
el uno y el otro quarto
comunica; y aqui hay, creo,
un retrete, que cerrando
el caracol, viene á ser
aposento reservado
para tocador; y éste,
misa Leonor, es el quarto,
que me holgaré, que os contente;
puesto, que en ser asi, gano
tal vecina; y mas ahora,
que solisima me hallo;
porque mi primo (asegure
este punto, por si acaso
lo sabe) ceremonioso,
de ver, quanto ha dilatado
tomar casa, desde que
vino de fuera, ó cansado
quizás del mal tratamiento,
hoy ha resuelto (¡ah tyrano!)
mudarse.

D. LEONOR.

¡Qué es, lo que escucho! *ap.*
¡Cómo, sabiendo, que salgo
por él de casa, se muda!
Mas disimule. Mi hermano ..... *á ella.*

Don Simón, como os he dicho,
me aseguró, que en dexando
con brevedad fenecido
hoy de su agencia el despacho,
vendria acá; y yo no dudo,
el que hoy quedará ajustado;
pues juzgo, que lo desea
mas que yo.

D. INES.

Asi, tanto, quanto.

D. BRIGIDA.

Decid, ¿qué profesion tiene?

D. LEONOR.

La de Agente, y graduado
de primer clase, ahunque yo
lo diga; pero agravado
de un gran defecto.

D. BRIGIDA.

¿Qué?

D. LEONOR.

Es sordo.

D. BRIGIDA.

Es grandisimo trabajo.
¿Y es muy sordo?

INES.

Lo que basta,
para que, ahunque estén tocando
diez trompetas en su estudio,
no las escuche. *llaman.*

D. BRIGIDA.

¿Llamaron?

D. JUANA.

Si, señora.

D. LEONOR.

Este es sin duda.

D. BRIGIDA.

Abre, Juana.

Abre Juana, y sale Don Simon.

D. JUANA.

El tal hermano
traza de catarribera
tiene, si yo no me engaño.

D. SIMON.

Bien sabes, amor cruel,
que yo mas deseo traigo,
de que la tal viuda ajuste
conmigo su hermosa mano
que su casa, y que este intento
es solo, el que me ha obligado,
á mudarme. En hora buena *llega.*
vea, señora, esos astros,
á quien el sol cada dia
está pidiendo prestado
resplandor para las luces
de esos orbes soberanos.
Yo entre los muchos defectos,
con que (el Criador sea alabado)
me dotó, el ser sordo es uno:

y asi entré aqui ; mas pasando,
á veros hoy , ya con otro,
ahunque mas feliz, me hallo,
pues cegué al veros; y si
vuestro prodigio inhumano
á cada paso un sentido
me quita , para tres pasos
tengo caudal; pues me quedan
ahun todavia en las manos,
en la lengua y las narices,
tacto, paladar y olfato.

D. BRIGIDA.

Yo, mi señor Don Simon:::

D. SIMON.

Señora, recio.

D. BRIGIDA.

No alcanzo,
con la primera estatura
de mi comprehension el alto
estilo vuestro; y asi,
lo que responderos trato,
es, que dos mil y quinientos
reales pido por el quarto:
que segun uso en la Corte,
habeis de dar el medio año
antes: que en mi casa quiero
vecinos muy sosegados.
Si con estas condiciones
os agradare, me allano,

á que se haga la escritura.
A buen tiempo habia llegado *ap.*
el agente con requiebros.

D. LEONOR.

No os enojeis; que en mi hermano
estas razones son solo
efecto de cortesano.

JUANA.

Mi señora está enseñada
á unos requiebros muy bastos
de quatro suelas, de aquellos,
que en las Montañas se criaron;
con que se le hace extrañeza
otro estilo.

D. SIMON.

No he dudado,
que lo que aqui hubiereis dicho,
habrá sido muy llegado
á la razon, ahunque yo
nada he comprehendido.

D. LEONOR.

Hermano,
dos mil y quinientos reales
pide su merced.

D. SIMON.

Barato,
esperar un favor suyo,
es mil y quinientos años.

JUANA.

Todo es uno.

D. BRIGIDA.

Mi ira abrasa,
quanto mi rabia despierta.

Llaman recio.

D. LEONOR.

Llamando están á la puerta.

D. BRIGIDA.

Juana responde.

D. SUERO *llama.*

¿Ha de casa?

D. BRIGIDA.

¿Quien descortés, sin mirar
la atencion, hoy aqui ha sido?

Abre, y sale Don Suero, Don Valerio y Bustos.

D. SUERO.

¡Qué! ¿No conoce á un marido,
en el modo de llamar?

D. BRIGIDA.

¿Quién es? (¡valganme los cielos!)
Valerio (¡suerte inhumana!)
viene alli.

D. SIMON.

Avisame, hermana, *á D. Leonor.*
si fuere cosa de zelos.

D. BRIGIDA.

¿Quién sois, decid, ó por qué

desta suerte habeis venido
hoy aqui?

D. SUERO.

Porque he querido.

D. VALERIO.

Yo, señora, os lo diré.

D. SUERO.

De todas quatro, por Dios,
que á esta la vista se arrima.

Mirando á D. Leonor.

D. LEONOR.

¡Cómo no le habla su prima! *ap.*

D. SUERO *á D. Leonor.*

¿Sois Doña Brígida vos?

D. LEONOR.

No nací yo tan dichosa.
Aquella es, que mirais.

D. BRIGIDA.

¡Vos, por qué lo preguntais?

D. SUERO *á D. Valerio.*

No me ha parecido cosa.

D. BRIGIDA.

Decid los dos, ¿á qué efeto
en mi cssa habeis entrado?

D. SIMON.

El negocio es de cuidado;
pues le hablan tan en secreto.

D. LEONOR.

¡Qué es esto, zelos tyranos!

BUSTOS.

¡Jesus, lo que ha de haber hoy!

D. BRIGIDA.

Confusa y turbada estoy.

D. VALERIO.

El señor Suero de Llanos,
de llegar acába.

D. BRIGIDA.

¡Ay, Dios!
No sé, qué el alma me dice.

D. VALERIO.

A coronarse felice,
hoy casandose con vos,
de la Montaña ha venido.

D. BRIGIDA.

¡Cielos, qué es lo que he escuchado!

D. LEONOR.

El color se le ha mudado.

D. VALERIO.

Y yo tan dichoso he sido:::
Por él, por ella y Leonor *ap.*
finjo.

D. BRIGIDA.

¡Hay hado tan severo!

D. VALERIO.

Que la suerte del primero
me ha tocado, á quien su amor
comunique; pues trayendo
unas cartas de mi hermano,

logro la dicha, que gano
hoy, en venirle sirviendo.
Aqui os le traygo, y el cielo
sabe de mi amistad rara:::

D. BRIGIDA.

¿Qué sabe?

D. SUERO.

¿Qué? Que se holgára,
que fuera de terciopelo.
No con prosas tan despiertas,
Don Valerio, habeis de entrar.

D. VALERIO.

¿Por qué?

D. SUERO.

Porque al enhornar,
se hacen las novias tuertas.
Sabed, (bueno por mi vida,
pongala mal enseñada)
que á dos cosas destinada
hoy ha sido mi venida:
á ser pleyteador, ó amante;
y pues Don Valerio ha sido,
quien ha dicho lo marido,
diga yo lo litigante.

D. SIMON.

Esto parece, que dura;
sosegaré mis desvelos;
pues no me aprietan los zelos,
mientras no hay manifactura.

D. SUERO.

Quando el impulso tirano
á vuestro dueño os quitó,
bien sabeis, que me dexó
ó su hacienda, ó vuestra mano.
Yo, bien mirado, por Dios,
al punto me ajustaré;
y creo, que tomaré
qualquier cosa de las dos.
Si mi mujer quereis ser,
vamos á ello; y si no,
dadme los diez mil; que yo
sabré, buscarme mujer.

JUANA.

¡Qué culto, qué cortesano
la entrada hizo el tal jumento!

BUSTOS.

Danzo y brinco de contento.

D. BRIGIDA.

Mal te vengaste, tirano.
No os parezca ser (¡ay Dios,
qué rigurosa fortuna!)
facil, de las dos ninguna;
pues qualquiera de las dos,
ser casi imposible, indicia;
pues dificultosas son,
de rendir mi inclinacion,
y de vencer mi justicia.
Y no llegar tan grosero

pudierais, á verme hoy.
¡De ira abrasandome estoy! *á Juana.*

JUANA.

Por eso te trahen el suero.

D. SUERO.

Recio habla; y no, porque ignoren
sus brios quien soy, temellos
quiero; que no soy de aquellos
maridillos de *ad terrorem.*
Y vencer luego confio,
pleyto y belleza presente;
el pleyto con un agente,
la belleza con mi brio.
Ninguna hasta ahora encierra
resistencia, en lo que veis;
que á esta hora tengo seis
novias debaxo de tierra.
Y asi mirar, os compete,
mejor vuestro parecer,
para no llegar, á ser
conmigo la novia siete.
La hacienda ó la perfeccion
á mí ha de venir cabal,
Brigida; ó real sobre real,
ó faccion sobre faccion.
Sin esto, no, ahunque con quexa
vengais, espereis de mí,
ni un solo maravedí,
ni la mitad de una oreja.

De mi intencion os avisa
mi voz; ó pobre ó dichosa:
ó tratar, de ser mi esposa,
ó quedaros sin camisa.

JUANA.

A verte hoy han venido
Sordo y Montañés trocado,
el marido de Letrado,
y el Letrado de marido. *á D. Brigida.*

D. SUERO.

Llegad, Valerio: el rigor
reducid, que en ella veis.

D. VALERIO.

¡Yo!

D. SUERO.

Sí: vos; porque teneis
cara de reducidor.

D. VALERIO.

Porque serviros procura
mi amistad, yo llegar quiero.

D. BRIGIDA.

Juana, de corage muero.

Llegase D. Valerio á D. Brigida, y D. Suero repara en D. Simon, que ha de estar junto á su hermana.

D. SUERO.

¿Qué hará aqui esta figura?
Pues aqui ha gran rato ya,

que estais, lo que mandais, ved.

Quitase D. Suero el sombrero.

D. SIMON.

Muy para servir á usted
siempre. ¿Y usted cómo está?

D. SUERO.

¿Qué dice este hombre?

D. BRIGIDA.

¡Tirano,
asi tratas mi lealtad
y mi vida!

D. LEONOR.

Reparad,
en que es sordo, y que es mi hermano.

D. SUERO.

¿Sordo y hermano? ¿Eso pasa?
¿Qué negocio habeis trahido
acá?

D. LEONOR.

Hoy á ver he venido
un quarto de aquesta casa,
que se alquila.

D. SUERO.

Yo pudiera:::

D. LEONOR.

¿Qué intentará el mentecato?

D. SUERO.

Ajustarle mas barato.

D. SIMON.

Caballero, mas afuera.

D. SUERO.

Y pues que ya habeis oído
la espectativa, en que estoy,
bien conocereis, que soy
bastante para marido.

D. LEONOR.

¿Estais en vos? ¿Grosería,
quién notó tan desatenta?

D. SUERO.

Quedo.

D. VALERIO.

Ya estarás contenta.

D. BRIGIDA.

Valerio del alma mia:::

D. VALERIO.

¿No me despediste? ¿El fiero
rigor conmigo no usaste?
¿De tu casa no me echaste?
pues casate con Don Suero.
Pues ya el desengaño vió
mi amor, á él te conduce.

D. SUERO.

¡Fuego cómola reduce!
Miren, si lo dixe yo.

D. BRIGIDA.

¿No te ablandas?

D. VALERIO.

Ya es en vano.

D. BRIGIDA.

¿ No hay remedio , dí , cruél?

D. VALERIO.

El de casarte con él.

Apartase Doña Brigida colérica.

D. BRIGIDA.

Pues , Leonor , dile á tu hermano,
que no repare , ni atienda
en el precio , ni en él dude,
sino que al punto se mude,
y este pleyto me defienda.

D. LEONOR.

Amiga , en servirte gana
Don Simon.

D. SUERO.

No , por mi fé,
dareis el quarto ; porque
yo se le he dado á su hermana.

D. VALERIO.

No seais impertinente.

D. SUERO.

Sí , quiero serlo ; que arguyo,
que es tan mio como suyo,
mientras hay lite pendiente.
A un rincon la soberbilla
vaya , que hasta que á votar

se llegue, no ha de mandar
ni en sola una vovedilla.
Vamos; y tú, en quien arroba *á D. Leon.*
sus atenciones mi estrella,
tú lograrás, lo que ella
ha despreciado por boba.
Venid, Don Valerio.

Coje del brazo á D. Simon Leonor.

D. LEONOR.

Vamos.

D. SIMON.

Sin decirla un ay de mí,
Leonor me aparta de aqui.

JUANA.

Buenos quedan nuestros amos.

D. BUSTOS.

La tuya contenta, infiero,
que está con novio tan fiel.

JUANA.

Maldito mil veces él,
patas de sepulturero.

D. BRIGIDA.

Yo he de morir, si esto dura.

D. LEONOR.

¡Que, sin hablar á Valerio,
me vaya!

JUANA.

Buen cautiverio

se le aguarda á su hermosura.

D. SIMON.

De todo lo que ha pasado
aqui, en ayunas me quedo.

D. VALERIO.

Bustos, ya contento puedo
decir, me veo vengado.

D. SIMON.

O Bartulo me ha engañado,
ó á la viuda he de pescar.

D. SUERO.

Por Dios que no ha de escapar
la hermanilla del Letrado.

D. BRIGIDA.

A morir.

D. LEONOR.

A padecer.

D. SIMON.

A buscar amantes textos.

D. VALERIO.

A engañar á todos estos.

JUANA.

A chismear.

BUSTOS.

A comer.

D. SUERO Y D. BRIGIDA.

Y pues de males:::

D. VALERIO Y D. LEONOR.

De zelos:::

LOS QUATRO.

Mi amor el tormento alcanza:::

LOS UNOS.

Denme los cielos venganza.

LOS TRES.

Denme venganza los cielos.



JORNADA SEGUNDA.

Salen Don Suero de golilla, Don Valerio, y Bustos.

D. VALERIO.

Mejor, con gran diferencia,
los adornos cortesanos
os están.

D. SUERO.

Somos los Llanos
muy galanes por herencia.
Solo algunos apretones
de nuez me dá este carton,
y ando muy mal; porque son
muy estrechos los calzones.

D. VALERIO.

¡Estrechos! Porfias vanas.
¿Cómo un calzon ha de ser?

D. SUERO.

En cada uno ha de caber
media arroba de manzanas.

D. VALERIO.

Buenas las vueltas están.

D. SUERO.

Vueltas, no pueden ser menos.

D. VALERIO.

¿Traheis guantes?

D. SUERO.

Y muy buenos.

D. VALERIO.

¿De qué son?

D. SUERO.

De Franchipan.

BUSTOS.

¡Hay tan extraño jumento!

D. VALERIO.

No hay gracia, que en vos no se halle.

D. SUERO.

Pongome bien en la calle
de paso y de movimiento.

D. VALERIO.

Y en vuestra traza se adquiere
eso sin afectacion.

D. SUERO.

En eso teneis razon;
no mas de como cayere.

D. VALERIO.

Pues justo será, que deis
á la calle de la esposa
alguna vuelta.

D. SUERO.

Otra cosa
trato, y quiero, que escucheis.

D. VALERIO.

Hoy para qualquier intento
á no dexaros, me obligo,
por paysano y por amigo.

BUSTOS.

Y por la sopa.

D. SUERO.

Oíd atento:
Amor, segun nos dexaron
dicho nuestros ascendientes,
no es mas, que una sabandija,
que por los ojos se mete
hasta el corazon; y estando
en los ultimos retretes,
hace allá ciertos embustes,
que ni matan, ni divierten,
ni sustentan, ni dán hambre,
ni provocan, ni suspenden;
ni oprimen, ni dexan libre,
ni vaylan, ni se entristecen.
Esto es, segun lo que otros
han dicho, que les sucede,
ahunque yo siempre he llevado
opinion muy diferente
en esta materia; pues
lo que me duele, me duele;

que somos, segun sabeis,
muy blandos los Montañeses.
Lo que ahora, Don Valerio,
conozco, que me remuerde
la conciencia del amor,
es (dexadme, que lo piense;
que en estas materias no
se ha de hablar ligeramente)
la hermanilla del Letrado,
el que ya alquilado tiene
el quarto de aquella casa
de mi infelíz pretendiente.
Esta tal me hace cosquillas;
y como yo he sido siempre
desde chiquito enseñado,
á no sufrirlas, pretende
mi amor todo de pe á pa,
contarle, lo que padece.
Pero como es necesario
maña, para entremeterse,
á decirle á una persona
cada uno, lo que siente,
yo he tomado por motivo
lo liberal; que al fin este
el camino carretero
es de todas las mujeres.
Ahier, dicen malas lenguas,
que se sangró: con que al verme
en el lance, discurrí,

que enviandole un buen presente,
podia con su seguro
hablar muy claro un billete.
Este me habeis de escribir
vos, y no mas de ponerle
las letras; que lo demás,
no hayais miedo, que lo yerre.
¡ Direisme, que cómo yo
permito, que nadie llegue
los papeles de mi dama
á escribirme, siendo este
el caso mas reservado
ahun de amigos y parientes!
Respondo, que el Mayorazgo
de Llanos clausula tiene,
en que manda, que ninguno,
de los que le poseyeren
sean tenidos (estos son
sus terminos mismamente)
de escribir de propia mano
nada, que se le ofreciere;
privilegio concedido
á mis nobles ascendientes,
y continuado hasta ahora,
por la razon de creerse,
que no puede hallarse nadie
entre todos los vivientes,
digno de participar
de sus rancios caracteres.

Y es tan fuerte esta etiqueta,
que, si á mí me sucediese,
no digo papel de dama,
sino el de los lances crueles
de algun desafio, habia
de buscar, quien la escribiese.
Esta antigüedad sabida,
paso á lo que me conviene.
Bustos se le ha de embocar,
porque me han dicho, que tiene
(criado al fin en la Corte)
gran mano para papeles.
El regalo es de gustazo,
porque en Madrid el que puede,
de curiosas chucherias
alcanza quanto pretende.
Hoy á la calle Mayor
me encaminaron, que fuese,
á prevenir la sangria,
por ser sitio conveniente.
Fui, y en unas tiendecicas
que hay (no sé, si me acuerde)
junto á la estafeta, unas
que una lonja grande tienen
por techo, donde he oído
á muchisimas, que mienten::
¿No caeis, adónde digo?

D. VALERIO.

¿En las Covachuelas?

D. SUERO.

Ese
es su nombre ; donde hay unos,
que hacen retratos de Reyes,
encontré::: Ellos son muy caros,
mas los mejores juguetes,
que jamás ví.

D. VALERIO.

Referidlos.

D. SUERO.

Escuchadlos.

BUSTOS.

¡Que le dexen
comer pan á este salvage!

D. VALERIO.

Vaya.

D. SUERO.

Oíd atentamente.
Una muñeca, que un rato
la estube mirando, y
nunca de Leonor ví
mas parecido retrato.
No ví en mi vida mas bella
copia de su original.

D. VALERIO.

¿Retrato es tan puntual?

D. SUERO.

Ella, amigo, es otra ella.
Unas perlas, que me atrevo,

á decir en su interés,
que cada una de ellas es
casi casi como un huevo.
Si ellas son finas, con buena
fortuna el lance he topado.

D. VALERIO.

¿Pues á cómo os han costado?

D. SUERO.

A seis quartos la docena.
Un silbato, diz que diente
de elefante, muy barato
compré.

D. VALERIO.

¿Para qué el silvato?

D. BUSTOS.

Para aplaudir el presente.

D. SUERO.

Quatro ó seis las sartas son
del abalorio, (¡oh mujeres,
lo que costais!) de alfileres
dos quartos, tres de turron;
y porque no diga luego,
que dexo nada en la Villa,
le compré una jacarilla,
que estaba cantando un ciego;
sin que á culta ceremonia
en nada se haya faltado:
pues todo lo envio atado
con dos varas de colonia.

Estos amantes despojos
la rindo.

D. VALERIO.

¿Y la cinta atada,
de qué color es?

D. SUERO.

Morada,
que lleva tras sí los ojos.

D. VALERIO.

¡Morada! ¿Pues á qué intento
triste la dais por testigo?

D. SUERO.

¿No veis, Don Valerio amigo,
que este es regalo de adviento?

D. VALERIO.

Primores harto sutiles
llega Leonor á gozar.

D. SUERO.

En esto de regalar,
tengo mi poco de filis.
Ahora vamos, á empezar
el papel.

D. VALERIO.

Darle procuro *ap.*
chasco; que nada aventuro,
pues Bustos le ha de llevar.

D. SUERO.

Sentaos, y á componer,
empezad, pluma y tintero.

D. VALERIO.

En yendose el tal Don Suero, *ap.*
le diré lo que ha de hacer.

Llega Bustos la mesa, sientase D. Valerio, y pasease Don Suero.

D. VALERIO.

Todo puesto está. Decid
de discreciones gran suma.

D. SUERO.

¿Está delgada la pluma?

D. VALERIO.

Bueno está.

D. SUERO.

Pues proseguid.

D. SUERO *dictando á D. Valerio.*

Leonor, ya en el duro brete,
que por tí sufriendo voy,
por mas que el amor apriete,
no cabe mas; porque estoy
de amores hasta el gollete.
Con algun fino favor
trata, pues, de consolarle;
que, si aprieta tu rigor,
si no haces, por desmenguarle,
se me verterá el amor.

D. VALERIO.

¿Esto teniais guardado?
Ni Tulio mas elegante
escribió.

D. SUERO.

Pasa adelante,
porque ahun no está acabado:
Mi amor á la cara indina
de Brigida, por mi enojo
ya mirais, que no se inclina;
pues veis la de la vecina,
echad la vuestra en remojo
Y pues avisaros quiso
mi amor de bueno y de malo;
que de todo haya es preciso;
ahí vá, pues, ese regalo
á las ancas de este aviso

BUSTOS.

El Archivo de Simancas
no encierra papel mas bello.

D. SUERO.

¡Qué bien trahido está aquello
de ir el regalo á las ancas!

D. VALERIO.

Esa clausula he admirado
por frase, que nunca he oído.

D. SUERO.

El concepto bien trahido
está, y bien acomodado.
Con lacre ardiendo, á dos manos
le cerrad.

D. VALERIO.

Aqui hay oblea.

D. SUERO.

Lacre ha de ser; que se vea
bien el sello de los Llanos.

D. VALERIO.

Un papel ha de encubrir
los indicios de su dueño.

D. SUERO.

Es, que las armas le enseño,
para poderla rendir.
Ahora bien, tome el billete *dasele.*
el buen Bustos.

BUSTOS.

Y por vida
del seor Suero, esta partida
¿qué le dexa al alcahuete?

D. VALERIO.

¿No son intereses hartos,
serlo?

BUSTOS.

¡Bueno por mi fé!

D. SUERO.

Tocará, tocará usté,
seo Bustos, su par de quartos.

D. VALERIO.

Que es notable destruicion
de vuestra hacienda, os aviso.

D. SUERO.

Don Valerio, ello es preciso,
no endurarlo en la ocasion.

Mas daca, Bustos; que vengo

Vuelve á tomarle el papel.

ahora, en que este papel,
es mejor, lo lleve el
Dominguillo que yo tengo;
pues puede ser, que le importe,
industriarle en este uso.
Con esta traza me escuso
bien de los ocho de porte.

D. VALERIO.

Tan presto en Madrid saber
este oficio, en él no cabe.

D. SUERO.

Aprenda algo; que no sabe,
en lo que se puede ver.

BUSTOS.

Yo á llevarle, me apercibo.

D. VALERIO.

Que el no ha de saber, mirad.

D. SUERO.

Tenga alguna habilidad,
por si le hicieren cautivo.
A enviarle voy. Ea, amor,
que soy Christiano, repara;
pues ya me cuesta harto cara
la tal fiesta de Leonor. *vase.*

D. VALERIO.

¿En fin, él se vá con él,
siendo de mi letra?

BUSTOS.

Di,
por qué no le hiciste, si
no habia de leer el papel,
pues cerrado vá en rigor,
de rasgos, porque no avise
de tí tu letra.

D. VALERIO.

Es, que quise
quedar con el borrador;
y como él á declarar
llegó, que tú habias de ser,
quien le llevára, tener,
para copiarle lugar,
creí.

D. BUSTOS.

¡Papel tan precíto,
y de tal necedad lleno,
querias!

D. VALERIO.

¿No ves, que es bueno,
todo lo que es exquisito?
Vamos, pues, á remediar
aqueste yerro, en que estoy.

BUSTOS.

Vamos, aprisa; que hoy
hay mucho, que trabajar.

D. VALERIO.

Diez papeles, que escribir,

otros diez, que responder,
cinco Iglesias, que correr,
y tres coches, que pedir;
espiar una tapada,
visitar á un forastero,
pasar por el mentidero.

BUSTOS.

Como quien no dice nada.

D. VALERIO.

Brigida queda quexosa.

BUSTOS.

Suero engañado y dudoso.

D. VALERIO.

Don Simon muy malicioso.

BUSTOS.

La Leonor algo zelosa.

D. VALERIO.

Y yo con gran corazon,
de todo hacer nada, espero,
reirme de Leonor, de Suero,
de Brigida y de Simon.

Vanse, y salen Doña Brigida y Juana.

D. BRIGIDA.

¡Sangrada de ahier, á verme,
Leonor baxa!

JUANA.

Es tan estrecho
el nudo, que la amistad
os dió, aunque en tan corto tiempo,

que no permite un instante
de ausencia.

D. BRIGIDA.

¡Ay Juana! Yo pierdo
el juicio. ¡Que aquel ingrato,
falso, traydor no haya vuelto,
dexandome en los cuidados,
que sabe, tenia!

JUANA.

¡Fuego
en las finézas de todos!
¿Quieres tomar mi consejo
en tus sentimientos?

D. BRIGIDA.

Dile.

JUANA.

Pues casate con Don Suero.

D. BRIGIDA.

¡Que tal pronuncies!

JUANA.

¿Y acaso
es mejor (que pues el pleyto
lleva en su favor) te dexe,
sin que comer?

D. BRIGIDA.

Mucho menos
mal será, poner la vida
debaxo del yugo fiero
de una servidumbre, que

sujetarla á ese violento
lazo. ¿Reparaste, Juana,
en el estilo grosero,
en la figura asquerosa
de aquel hombre? ¿Viste el necio
leguage suyo? ¿Aquel talle?

JUANA.

Calla, señora; que es bello
para marido.

D. BRIGIDA.

Tú harás,
que pierda el juicio. Mas creo,
que llamaron. Mira, Juana,
quién es.

Abre la puerta, y sale Domingo rebozado, con un canastillo.

DOMINGO.

Mi amo, en el primero
quarto, me dixo, que era.

JUANA.

¿A quién buscais?

DOMINGO.

Ella es: llego.
Mia señora, aqui os traygo
un papeliño. *llega á D. Brig.*

D. BRIGIDA.

¡Qué es esto!

JUANA.

¿Qué dices, mozo? ¿De quién

es el papel?

DOMINGO.

Eso nego;
porque yo, vatu á Chrispu,
que nunca he sido parlero.
Tomad papel y canasto;
que yo me marcho corriendo;
porque me han dicho, que suelen
cascar á los mandaderos. *vase.*

Dale el papel á D. *Brigida, y el canastillo á Juana.*

D. BRIGIDA.

Fuese, y dexóme el papel.

JUANA.

Y un canasto. ¿No verémos,
señora, quién nos regala?

D. BRIGIDA.

Sí, Juana. ¡Pero qué veo! *abre el papel.*

JUANA.

¿Qué hay, señora?

D. BRIGIDA.

¿Esta no es
la letra de Don Valerio?

JUANA.

¿Pues es novedad?

D. BRIGIDA.

Sí es;
quando en el renglon primero
dice *Leonor*. Ya en él dudo.

JUANA.

Espera, aguarda; que creo,
que lo que debe admirarte,
no es solo, señora, eso; *mirando adentro.*
sino que el mismo mismado,
buen señor, vá alli subiendo
la escalera de Leonor
con pasitos tan modestos,
y tan::: *asomase al paño.*

D. BRIGIDA.

¿Qué esperan mis iras?
Oís, señor Don Valerio.
Venid acá.

Sale á la puerta D. Valerio y Bustos.

D. VALERIO.

¡Que me viese
Brigida!

D. BRIGIDA.

Entrad acá dentro.

BUSTOS.

Cojiónos vivos.

D. VALERIO.

No sé,
qué decirla.

BUSTOS.

Bueno es eso:
no te turbes.

D. VALERIO.

Dices bien.

¿A qué la diré, que vengo?

BUSTOS.

Por un ascuita de lumbre,
es ahora lo mas del tiempo.

Ahora acaban de salir.

D. VALERIO.

¿Qué mandais?

D. BRIGIDA.

No sé, por donde
empiece mis sentimientos.

BUSTOS.

Buen paso será éste.

D. BRIGIDA.

Juana,
ponte en el recibimiénto,
por si misa Leonor baxa,
que me avises.

JUANA.

Obedezco. *vase.*

D. BRIGIDA.

¿En fin, señor, Leonor era
el dignisimo sujeto,
que os trahia tan perdido?
¿Leonor el idolo bello,
que nos costaba á los dos
su carisimo festejo,
ella á mi muchos doblones,
quando á vos muchos serenos?
¿Leonor, la que os destruía

con impropios devaneos,
de mi necedad injusta
el justo agradecimiento?
¿Leonor, la que al beneficio
de regalos y paseos
(digalo este canastillo,
y este papel, que por yerro
llegó á mis manos) dexaba
con los amorosos fuegos
de vuestra encendida llama
hechos polvos sus desprecios
¿Leonor, la que venturosa
vino á lograr, que teniendo
vos en mi casa el seguro
lugar, que os daba mi pecho,
intentárais tan cruél,
tan ruin, tan desleal, tan fiero
trato, como hacer, que yo
fuese incauta, introduciendo
con mis inocentes manos
vuestros alevosos riesgos?
¿En casa me la metisteis?
Decid, señor Don Valerio,
¿por qué no avisabais antes,
para que yo, conociendo,
que os agradaba en servirla,
no reparase en el precio?
Por vuestra vida, decid,
si llevabais el intento,

de que os la guardára yo,
y cuidáran mis extremos
de su belleza. Si: y como
que vos queriades esto;
porque á vuestro parecer,
yo soy mujer de llavero:
y sois tan vil, tan infame,
que no dudo, que sabiendo,
que su hermanico el Letrado
gasta sus pocos de textos
conmigo, pretenderiais,
que en recíproco concierto,
hermano y galan al uso,
uno tuerto y otro ciego,
con permitir vos los suyos,
él tolerase los vuestros.
Y pues á hombres como vos,
que tienen perdido el miedo
al punto, jamás les duelen
los golpes de los acentos,
otros golpes mas pesados:::

BUSTOS.

Palo busca, vive el cielo.

D. BRIGIDA.

Os han de doler; y quando
falte á mi ira el instrumento,
no le faltarán mis mano s.

D. VALERIO.

¡Brigida:::! *agarrale.*

D. BRIGIDA.

Aquí, traydor, tengo
de acabar contigo.

BUSTOS.

Mira,
que si le agarras del pelo,
te cuesta un doblon de á ocho,
el que le has de comprar luego.

D. VALERIO.

Suelta.

Sale Doña Leonor al paño, y detienese al verlos.

D. LEONOR.

Baxar he querido
por el caracol secreto,
á ver á Brígida. ¡Mas
qué miro! ¡Ella y Don Valerio
de aquel modo!

D. BRIGIDA.

Anda, tirano,
porque ensuciar mas no quiero
mis manos.

BUSTOS.

A buena hora,
que la mostaza le has hecho.

D. BRIGIDA.

Anda: subela á Leonor
el papel: subela eso,
que con tan decente criado

le énviabas.

D. LEONOR.

¡Qué oygo!

Rompe el papel, y arroja el canastillo, y caen los trastos.

D. BRIGIDA.

Pues creo,
no echará menos, si tú
subes, al esportillero.

BUSTOS.

No ha dexado, Belcebú
lleve, palabra del duelo,
que no le haya dicho.

D. LEONOR.

Oygamos;
que es gran ira, gran imperio
para prima.

D. VALERIO.

Pues me hallo
sin costa el engaño hecho:::

BUSTOS.

Y deshechas la narices:::

D. VALERIO.

Llevarle adelante quiero,
por picarla mas; no porque
me duela ya.

BUSTOS.

Sino aquello,
que te ha dolido.

D. VALERIO.

Señora
Doña Brígida, no entiendo,
por qué razon, en lugar
de decir mis sentimientos
justos á vos, vos á mí
digais los injustos vuestros;
y no solo con los gritos
de vuestra sinrazon, pero
con las manos, accion tal,
y de enojo tan grosero,
que solo lo tolerára
yo, que sufrido os parezco.
Vení, aca: ¿de vuestra casa
no me echasteis con pretextos;
que juzgo los traxo antes
el cansancio, que los zelos?
¿Salíme yo acaso? ¿Vos,
con un sermon muy molesto
predicado en redondillas,
si ahora mal no me acuerdo;
no me despedisteis? Yo,
por el natural derecho,
he de dexarme morir?
¿No he de buscar el sustento
del amor y la comida
para el alma y para el cuerpo?
El, para quitar el hambre,
ya sabe á la sopa; pero

para el hambre del amor,
no dan sopa en los conventos.
¿Cómo os parece, señora
Doña Brígida, que puedo
pasar, si no busco modo,
para buscar mi remedio?
Respondereisme, que yo
os di causa para el fiero
rigor, que conmigo usasteis.
Es verdad: yo os lo confieso.
¿Pero sabeis la razon,
que yo tube para ello?
Pues si de ella os acordais,
bien conocereis, que en medio
de la merced, que me haciais,
era tan cruel, tan fiero
de vuestro corage injusto
el acostumbrado ceño,
que la condicion hacia
el oficio del desprecio.
Sin embargo, mi pasion
se iba arraygando tan dentro
del alma, que de la propia
pasion alma se iba haciendo.
Pero, como mi Criador
me dió con poder inmenso,
lo que basta para el gasto
de casa de entendimiento,
conoci, que era error grande,

que se fuesen derritiendo
tus mal humorados copos
á mis amantes incendios.
Llamé á consulta la vida:
propusela el grave riesgo,
que tenia en la continua
esclavitud de un despego.
Y ella, que por ley precisa
es amable, fue advirtiendo
la eficacia del peligro,
con la persuasion del miedo.
Temió la vida en quanto hombre,
y el temor, que es gran maestro,
empezó, á avivar la tibia
llama del conocimiento.
Encendióse, y alumbrando
aquel láberinto ciego,
vió la razon cara á cara
el impropio cautiverio.
Desde entonces, desde entonces
tan feliz me considero,
que el respirar, que era antes
suspiro, ya es todo haliento.
Mis impaciencias no andan
buscando tus ojos bellos;
si no te veo, no lloro;
y si te veo, te temo.
Para alivio de mi amor
no me faltára un sujeto,

donde viva el albedrio
con el entretenimiento:
basquiñita de rasilla
con su juboncito negro,
que ahun despues de pretendida,
no la conozca el deseo:
un culto muy ordinario
de un idolillo plebeyo,
cuyas aras muy gustosas
esten con humos de espliego:
una, que sin ocupar
los sentidos con exceso,
me dexe libres los ojos,
para mirar otras ciento.
Tú, Brígida, eres diosaza,
y desde tu trono excelso
consideras como hormigas
los mas grandes rendimientos.
Con cien almas, por crecidas
que las tales sean, creo,
que no hay harto, para untarse
un diente de tu despego.
Ya yo me hallo muy bien libre,
y del escondido templo
del desengaño la angosta
senda avisado penetro.
Sobre sus mágicas aras
mis sacrificios ofrezco,
y de sus paredes doctas

el robusto eslabon cuelgo.
Ya tú no has menester mas
cariños ni mas festejos;
pues ha venido, á casarse
contigo el señor Don Suero.
Es un hidalgo maduro,
y en fin es un hombre hecho,
que no te dará disgusto;
y quien en anocheciendo
vendrá, y tomara del gasto
de aquel dia á su Gallego
la cuenta, quarto por quarto,
con rosario ó por los dedos:
hombre, que se irá á la plaza,
y con cariño casero
te llevará en la pretina
el besuguito á su tiempo:
hombre, de decir y hacer,
buena salud, bien dispuesto;
y en fin marido de paño,
que es de honra y de provecho:
hombre, que hará:::

Dentro Don Suero y Juana.

D. SUERO.

Yo he de entrar.

JUANA.

Esperad.

D. SUERO.

Yo nunca espero;

que soy Montañes castizo,
y, gloria á Dios, no desciendo
de ningun tribu.

BUSTOS.

Por Dios
que es el.

D. LEONOR.

Ahora pretendo
salir, y disimulando,
el que he estado (¡ah, falso!) oyendo
mis zelos, he de vengar
con una industria mis zelos.

Salen á un tiempo Doña Leonor de adonde estaba, y D. Suero apartando á Juana.

D. SUERO.

Que estaba en el quarto baxo
Leonor, arriba dixeron,
y asi entro. ¡Pero que miro!
¿Qué haceis aqui, Don Valerio?

D. LEONOR.

Amiga, voces oí
en tu quarto, y asi vengo:::

D. BRIGIDA.

Sin haliento estoy.

BUSTOS.

Andallo.

D. LEONOR.

A ver, lo que ha sido esto.

D. SUERO.

¡Voces, y el señor alferez
reformado en casa! Bueno.

D. LEONOR.

No es mucho, (aqui de mi industria:
descubrase este secreto)
que haya á veces entre primos
sus pleytecillos caseros.

Hace señas D. Brígida á D. Leonor, que calle.

D. SUERO.

¡Cómo! ¡Cómo!

D. LEONOR.

Salió cierta
mi industria.

D. BRIGIDA.

Sin alma quedo.

D. VALERIO.

La suerte está echada.

D. BRIGIDA.

Calla,
Leonor.

D. LEONOR.

¿Pues no es mejor medio,
que el seor Don Suero lo ajuste:: ?

JUANA.

Ya escampa.

D. LEONOR.

Que no hacer cuento
en el barrio, de que::: ¡Ah falso! *á Val.*

¿Pensaste, entrar encubierto?
dos primos:::

BUSTOS.

Lo que primea.

D. SUERO.

¡Primos decís! ¿No sabremos,
de quando acá os ha venido,
Brígida, este parentesco?

D. LEONOR.

¿Luego no lo sabeis?

D. SUERO.

Yo
ahora lo oygo, y ahora veo,
en la ira, que me ciega,
un paréntesis haciendo,
las alhajas, que os envié
poco ha con un Gallego.
Buena anda mi hacienda.

D. BRIGIDA.

¡Qué oygo!
Ya no es todo mi mal cierto.

D. VALERIO.

Pues todo se vierte, vamos
cojiendo algo. ¿No ves, dueño *á Brig.*
tirano de mi albedrio,
quan sin culpa estoy?

D. SUERO.

Dexemos
ahora intereses humanos;

que la honra es lo primero.

D. SIMON *al paño.*

Con ocasion de que está
mi hermana en su quarto, quiero
á la Brígida del alma
acechar; mas alli veo
al novio, (llevele el diablo)
y al otro. Un rato esperemos.

D. SUERO.

En fin, Don, como os llamais,
que con la ira no me acuerdo
ni ahun del nombre de mi padre,
á termino llegó esto,
de que yo precisamente
he de mataros. Mancebo,
id á la primer parroquia,
que prevengan el entierro.

D. VALERIO.

Reportaos, reportaos.

D. SIMON.

Pateando está el tal Don Suero.

D. SUERO.

¡Primo á mí, jurado á briós!
¡Pues ahora os salís con eso!
Por las armas de los Llanos,
que es el mayor juramento,
que en la Montaña hay, que ahora,
ahorita en este momento
habeis de sacar el arbol

de vuestro descendimiento,
de por sí, rama por rama.
¿Qué es rama por rama? Niego;
hoja por hoja, tomando
del antiguo entroncamiento
de la raiz el origen,
hasta el palito postrero
de la casa, que soy yo,
mediante Dios, sin que en estos
grados se mezcle ninguno
con el femenino sexo;
pues de varon en varon
vuestro primazgo derecho
ha de venir; que despues
la forma conferiremos,
de mataros.

D. VALERIO.

Despacito;
que hay mucho que hacer.

BUSTOS.

Pues, muerto,
¿que os importará, que sea
vuestro primo?

D. SUERO.

¿Majadero,
no importa, para saber,
si le toca ó no el entierro
de los Llanos, donde están
sus antiquisimos huesos?

D. SIMON.

Como no puedo escucharlos,
estoy confuso y suspenso;
y asi no me determino,
á averiguar, que es aquesto.

D. SUERO.

Buena flema. ¿No acabais
ya, de ir ensartando avuelos?

D. BRIGIDA.

Primero soy yo, que nadie.
Con una industria remedio
pongo á mi honor y á su enojo.
Oidme; que yo os ofrezco,
quitar duda tan extraña.

JUANA.

Algun embuste previno.

D. BRIGIDA.

Quando Don Valerio vino,
como era de la Montaña,
aqui poco introducido
estaba, por cuyo intento
fiado en el conocimiento,
que tubo con mi marido,
solicitando el favor ::: *á Leon. quedo.*
(Por amor de Dios, amiga,
que apoyes quanto yo diga)
de la mano de Leonor:::

D. LEONOR.

¡Qué oygo! En vano me reprimo.

D. BRIGIDA.

Porque el ajuste decente
fuera, siendo mi pariente,
supuso, que era su primo.
Hoy la verdad á los dos
preguntad.

D. LEONOR.

Viven los cielos,
que no he de aumentar mis zelos,
callando.

D. SUERO.

¡Esto mas, mi Dios!
¿Luego el Valerio ó Baxá,
que en dos mil mujeres pica,
tambien á la Leonorica
hace gestos?

D. BRIGIDA.

Claro está.

D. SUERO.

Pues ya está mi corazon
morado á puro denuedo,
y ya sufrir mas no puedo
la carga de la razon.
Venid acá.

D. LEONOR.

Yo embarazo
pondré á tan iniquo error.
¿Por qué, Brígida:::

D. SUERO.

Leonor,
idos de ahí. ¿Bribonazo,
no bastó (la ira rebosa)
llenar á mi costa el buche?

D. SIMON.

El Don Suero sacabuche
quiere hacer de la mohosa.

BUSTOS.

A una brava industria quiero
apelar, con que esto ímpida;
y el disgusto, por mi vida,
que le ha de pagar Don Suero. *vase.*

D. SUERO.

¿No bastó la infiel lanzada,
que tu industria cruel previno,
pues ahun no acabé el camino,
quando te hallé en la posada?
¿No bastó la sedicion
de tu hambre detenida,
que no perdonó la vida
á chorizo ni á jamon?
¿No bastó el furor tyrano,
con que fuiste un mes entero
de mi inocente puchero
el demonio meridiano?
¿No bastó la sinrazon,
de venir acompañado
de un troglodita criado,

de casta de sabañon?
¿No bastó la alevosia,
de quererme sorprender,
quitandome en mi mujer
propia el pan de cada dia;
sino querer tu rigor,
infame, vil y falsario,
quitarme el extraordinario
del platillo de Leonor?
Ya no tienes mas que hacer,
inhumano todicida;
pues me matas la comida,
á la dama y la mujer.
Y antes que tu ira adversa
(que en tí se puede esperar)
llégue, conmigo á intentar
alguna cosa perversa:
juro á briós, y aquesta cruz,
que el alma te he de sacar.

Saca la espada.

D. SIMON.

Estos se quieren matar;
yo subo por mi arcabuz. *vase.*

Saca la espada tambien D. Valerio, detienele D. Leonor, y á D. Suero D. Brígida.

D. BRIGIDA.

Mira :::

D. LEONOR.

Espera :::

LAS DOS.

¡Cruel destino!

D. VALERIO.

Suelta.

D. BRIGIDA.

Detente.

D. SUERO.

Mujer,
mas facil es, detener
una rueda de molino.
Hoy acabará tu vida.

D. VALERIO.

Calla, simple.

D. LEONOR.

Cruel estás.

D. SUERO.

Bonito soy yo; jamás
he errado la zambullida.

D. VALERIO.

Quita: verás, que de un tajo
desde el casco hasta el carrillo
le hiendo.

D. SUERO.

¡Ay pobrecillo,
si vá la de uñas abaxo!

D. LEONOR.

Yo de la fuerza me privo.

D. BRIGIDA.

Ni yo detenerle puedo

con la mia.

Sale Don Simon con arcabuz.

D. SIMON.

Estese quedo
todo hombre, ó le derribo.

D. VALERIO.

Yo estoy de cólera ciego.

D. SIMON.

Teman este angosto rayo.

D. SUERO.

Yo, señores, me desmayo,
en viendo bocas de fuego.
Mas aqui de aquellos fueros,
que mi valor ha tenido.

DENTRO.

En esta casa es el ruido.

Sale la Justicia.

UNO.

La Justicia, caballeros.

D. SUERO.

Peor es esto, que mis males.

OTRO.

No se menee persona.

D. SUERO.

¡Quánto vá, que la intentona
no la hago con veinte reales!

DOS.

Daos á prision.

D. SUERO.

Los fueros
de Llanos, de quien aprenden
todos valor, no los prenden
Ministros.

UNO.

¿Pues quién?

D. SUERO.

Monteros.

DOS.

Famosa pachorra es esta.
Venga el Montañès cerrado.

Sale Bustos.

BUSTOS.

Ya mi industria se ha logrado.

D. SUERO.

Yo iré, pero con protesta.

D. VALERIO.

Si mi cortesia fiel
puede algo, esa intencion
mudad.

D. SUERO.

Mire el picaron,
¿no hará harto, en pedir por él?

UNO.

En la carcel su rencilla
de la Villa vea.

D. SUERO.

¿Tyranos,

quándo se vió ningun Llanos
en la carcel de la Villa?
Llega uno á Simon, y quitale el arcabuz.

UNO.

Suelte el arcabuz.

D. SIMON.

¿Que dice?
Ministros son, vive Dios.

BUSTOS *á los Alguaciles.*

No lleveis mas, que á los dos.

D. LEONOR.

La suerte ha sido infelice.

D. BRIGIDA.

Por ahora en un buen medio
queda el duelo.

D. SIMON.

Yo sabré,
por qué la pendencia fue.

D. SUERO.

¿En fin, no tiene remedio?

BUSTOS.

Señor, dexate prender, *á Valerio.*
y nos valdrá un potosí.
Cojen unos á Valerio, y otros á Suero.

D. BRIGIDA.

Saquenlos ahora de aqui;
que facil, de componer
este disgusto, allá es.

UNO.

Vamos.

OTRO.

No hay, que replicar.

LAS DOS.

¿Cielos, en qué ha de parar
el Sordo y el Montañes?



JORNADA TERCERA.

Sale Don Valerio y Bustos rebozados.

BUSTOS.

Hoy, señor, no tan tyrana
nuestra suerte mi hambre llora,
pues comimos; mas dí ahora,
¿qué hemos de comer mañana?
Ya de Brígida la amada,
renta la veo perder;
pues con los zelos de ahier
quedó algo maltratada.
De la Leonor, ahunque menos
eran los regalos, ya
volaron; pues nos dará
mas, que regalos, venenos.
Ya se consumió el dinero,
que con tenazas sacó
mi industria, y que nos tocó
de la prision de Don Suero.
Ya él, enterado de tu
sin razon desapiadada,
al vernos en la posada

juntos, nos dá á Bercebú.
Y segun está, no alcanzo
forma, ni la considero
de sacarle á su puchero,
ni ahun con ganzúa, un garbanzo.
Todos están sin dineros,
por mas, que ahier te cansaste,
y á diez papeles que enviaste,
once te salieron hueros.
No hay ya, como en las primeras
edades dicen, que habia
mesa, hospicio, que acojia
á panzas aventureras.
Ya están del todo apuradas
las industrias, que trazó
lo pobre, y ya se pasó
la era de los camaradas.
Y así, allá en tus quadernillos
mira, si de vernos hartos,
hay forma; que yo dos quartos
tengo.

D. VALERIO.

Trahelos de palillos.

BUSTOS.

Famosos alivios son.
Eso á rabia me provoca.

D. VALERIO.

Hombre, un palillo en la boca
ayuda á la digestion.

BUSTOS.

Tu chanza me ha de acabar,
y tu flema.

D. VALERIO.

¿Qué he de hacer?
¿Bustos, sobre no comer,
dime, heme de ahorcar?

BUSTOS.

Pide.

D. VALERIO.

No seas importuño.

BUSTOS.

Busca.

D. VALERIO.

Cansado no estés.
que ya me amohino.

BUSTOS.

Pues
ponte á oficio.

D. VALERIO.

¿Sé yo alguno?

BUSTOS.

Uno te doy, con que embozas,
de lo pobre las culebras.

D. VALERIO.

¿Quál es?

BUSTOS.

Garitero.

D. VALERIO.

Hay quiebras

BUSTOS.

Hazte Astrólogo.

D. VALERIO.

Hay corozas

BUSTOS.

Poeta.

D. VALERIO.

Exercicio cruel.

Quita.

BUSTOS.

Casate, señor.

D. VALERIO.

¿Ese es oficio?

BUSTOS.

El mejor,

si es, que se sabe usar dél.
Con tretas perficionadas
en el tajo y el revés,
unico tu brazo es;
pon tienda de cuchilladas.

D. VALERIO.

¿Cuchilladas? ¡Qué imprudente!

BUSTOS.

¿Pues en qué la duda está?
Dime, señor, quanto ha
que es oficio, el ser valiente.
Hablame ya sin embozos.

Es de capear tu intento;
que es lindo entretenimiento
de caballeritos mozos.
Mas ya descubrí, por Dios,
por la vuelta desta esquina,
que tu viage se encamina
á la casa de las dos.
Eso sí: al pan conocido,
perro leal; pero yo
entrára quedo; que ahun no
sanaron de lo mordido.

D. VALERIO.

Ningun amor ha entibiado
tener zelos; antes ciego
añade un fuego á otro fuego.

BUSTOS.

Ya á la puerta hemos llegado.

D. VALERIO.

Pues vete; que quiero entrar
solo.

BUSTOS.

Yo te estimaré
ese favor; pues me iré :::

D. VALERIO.

¿Dónde?

BUSTOS.

A aprender á cenar. *vase.*

D. VALERIO.

Al quarto de Leonor antes,

que no al de Brígida, elijo
entrar, pues fue, quien quedó
mas enojada conmigo.
Y una voluntad, á quien
pleyto de acreedores, miro,
que ponen tantos, graduar
los derechos, es preciso.
El afecto de un embuste
por satisfaccion aplico
á su enojo y á sus zelos;
y si saliere fallido,
darémosla unos requiebros,
que tengan de llanto visos,
y vaya tapando el cobre
lo dorado de un suspiro.
Pues si ella está con deseo,
de que la paguen, colijo,
que no hará mucho reparo,
en si son falsos ó finos.
No parece en la escalera
nadie, y al trémulo viso,
que escupe la congojada
lumbre de aquel farolillo,
no solo de esta antesala
abierta la puerta miro,
sino las demas. Yo me entro
poco á poco, y escondido
de esta ventana en el hueco,
recatado determino

ahora esperar, acechando,
por vér, si en este exercicio
puedo darle en lo curioso
un consuelo á lo escondido.

Escondese detrás de una cortina, y sale Inés, trayendo de la mano á Don Suero muy despacio.

D. SUERO.

Buena mujer, Dios te pague
la caridad, que has tenido
con este mísero amante.

INES.

Pisa quedo.

D. SUERO.

Antes no pisó.

INES.

Y cree, que es una fineza,
la que ahora hago contigo,
que, si mi ama lo sabe,
hoy mi remedio he perdido.

D. SUERO.

Yo, Ines, no puedo faltarte.

D. VALERIO.

Don Suero::: ¡Qué es lo que miro!
viene con Inés.

D. SUERO.

Y en tanto,
que mas paga te apercibo,

luego que llegue el harriero,
que aguardando estoy, te envio
dos Santiagos de azabache,
y seis valientes chorizos.

INES.

Yo por interés no hago
esto.

D. SUERO.

Ya sé, que es por vicio.

INES.

Desta cortina te tapa;
que, aqui salir, es preciso,
mi señora, y quando á verla
llegues, ánimo.

D. SUERO.

¡Bonito!
¿Para que me habré zampado
hoy quatro huevos mexidos?

Esconde Inés á Don Suero detrás de otra cortina, y vase.

D. VALERIO.

Vive Dios, que al Montañés
le esconden.

D. SUERO.

Si el letradillo
me vé y saca la escopeta
de ahier, no doy quatro higos
por toda la descendencia

de los Llanos. ¡Que conflicto
fuera para la Montaña,
que yo muriera sin hijos!

D. VALERIO.

Mas si no me engaño, alli
á Brígida y Leonor miro.

D. SUERO.

Si el deseo no me miente,
por alli á Leonor atisbo
con mi infeliz despreciada.

D. VALERIO.

El tal Don Suero ha venido,
segun muestra el esconderse,
á que con broncos suspiros
Leonor de saber acabe
su pensamiento atrevido.

D. SUERO.

Hoy logro el golpe.
Ya llegan.

Salen con luces Leonor, y Doña Brígida y Leonor le dice á Inés á parte.

D. LEONOR.

Oye, Inés.

INES.

Ya te he entendido.
A tu hermano iré á avisar,
que entre. *vase.*

D. LEONOR.

En vano me animo *ap.*

al consuelo de su amor,
quando no los halla el mio.
¡Ay ingrato Don Valerio!

D. BRIGIDA.

Aqui, Leonor, que es retiro,
del alma, dexa, que salga
mas sin vergüenza el suspiro.

D. LEONOR.

Aqui, donde nuestras quexas
son solo nuestros testigos:::

D. VALERIO.

¿Qué misterio será este?

D. SUERO.

Si salen á desafio,
en todo tiempo Leonor
me tiene por su padrino.

D. BRIGIDA.

Acabe ya de arrancarse
del corazon el indigno
lazo, entre cuyas prisiones
deliraban los sentidos.

D. LEONOR.

Deshaga el conocimiento
del desengaño instruido,
la ciega carcel, adonde
se embebeció el albedrio.

LAS DOS.

Salga este hombre de nosotras.

D. BRIGIDA.

Y del sentimiento mismo
con la enmienda del corage
haga la razon alivio.

LAS DOS

No pueda mas, que nosotras.

D. LEONOR.

Y ya trocado el cariño,
conviertase en luz la torpe
obscuridad del delirio.

D. VALERIO.

Sin que en grande presuncion
incurra ahora, imagino,
que soy yo, de quien se quexan.

D. SUERO.

¡Oh dura ley del destino!
En estas almas me he entrado,
y las dos se han recojido,
á ver, si pueden echarme
de sí con sus exôrcismos.

LAS DOS.

Salga, salga:::

D. SUERO.

No es ahun tiempo.

D. BRIGIDA.

Y señal, de que ha salido
sea, que llore lo irritado
las lagrimas de lo fino.

D. SUERO.

Señal pide, mucho aprieta.

D. LEONOR.

Vete, alevoso peligro,
donde menos daño hagas
en otro mas cauto abrigo.

D. SUERO.

Con la fuerza, que las hago,
las he puesto como un lirio.
Espíritus Montañeses,
amando, somos malditos.

D. BRIGIDA.

Y, porque el corazon quede
en el error convencido,
pidasele á la memoria
la cuenta de los delitos.

D. SUERO.

Cuenta piden: ni por esas.

D. LEONOR.

Don Valerio:::

D. VALERIO.

Ahí vá.

D. SUERO.

¡Qué he oído!

D. BRIGIDA.

Infiel:::

D. LEONOR.

Traydor:::

D. BRIGIDA.

Desleal:::

D. LEONOR.

Falso:::

D. BRIGIDA.

Cruel:::

D. LEONOR.

Fementido:::

D. BRIGIDA.

En el error de mi engaño
fue componiendo atrevido,
desde mis seguridades,
el modo á mis precipicios.

D. LEONOR.

Su traycion disimulada
con aquel rumor nocivo,
sordo hizo el conocimiento
con la eficacia del ruido.

D. BRIGIDA.

A tí en fingidos halagos
pagaba, quando los mios,
de hallarlos tan verdaderos,
pude temerlos fingidos.

D. LEONOR.

Asi en viles apariencias.
tu fiel amor satisfizo,
quando aplaudia dichoso
su correspondencia el mio.

D. VALERIO.

Pues no eran ustedes solas,
que ahun quedaban otras cinco.

D. SUERO.

Vive Dios, que no soy yo
este diablo, que han tenido.
¡Ah falsario Don Valerio!
Bercebú lleve tus brios.
¡Dónde iré yo á enamorarme,
que no me encuentre contigo!

D. BRIGIDA.

Yo en las clausulas oí
de su mentiroso estilo,
moverlas la proporcion,
y acabarlas el suspiro.

D. LEONOR.

Yo tambien ví algunas veces
sus acentos repetidos,
que los soltaba el haliento,
y los prendia el gemido.

D. VALERIO.

Una y otra vez estaba
mi natural exquisito
mucho mas, que lo sentado,
llorando lo arrepentido;
porque en él hace lo propio
mi amor, que hiciera mi olbido.

D. SUERO.

Bueno estaria el barbado,

haciendo dos pucheritos.

D. LEONOR.

Yo, me acuerdo::: Mas, mi hermano
suena.

D. BRIGIDA.

¡Pues ves, que elegimos
este puesto, por mas solo,
ya él me le trahes!

Ha de haber un bufete con libros, y recado de escribir.

D. LEOROR.

Como es sitio,
donde, por mas retirado,
ha puesto, amiga, sus libros,
acá ha entrado. Por tu vida,
que venzas algo el esquivo
desdén tuyo; á ello te lleve
la lástima, no el cariño;
porque te puedo jurar,
que le trahe al pobrecito
tu amor harto mal parado;
tanto, que temo:::

D. SUERO Y D. VALERIO.

¡Que he oído!

D. LEONOR.

Que hemós de llorar muy presto
su voluntad por delirio.
Y pues los dos sois iguales
en calidad, y él rendido:::

D. SUERO.

Alcahuetica á lo santo
se ha hecho el tal angelico.

D. LEONOR.

Está á tu amor:::

D. VALERIO.

Bueno vá esto.

D. BRIGIDA.

No hagas, que resentido
mi respeto:::

D. LEONOR.

¡Ah, si supiera *ap.*
vencerla, y que su ofendido
amor dexára á Valerio!

Don Simon se asoma por medio de los dos.

D. SUERO.

Pero alli al Letrado he visto.

D. BRIGIDA.

Dé quexas de tu traycion.
Piensa, que no la he entendido. *ap.*

D. SIMON.

Arda Troya; pues ya está
el Paladion en el sitio
que ha de estar, para dar fuego.

D. LEONOR.

En mi hermano, no marido,
esclavo tendrás.

D. BRIGIDA.

Espera.

Hoy pagarle, determino, *ap.*
su intencion.

D. SIMON.

¡Que no oyga nada!
Reniego de mis oídos.

D. BRIGIDA.

Que dexe hoy satisfechos
tus cuidados, justo es:
¿Tomarás tú al Montañés?

D. SUERO.

Y con un canto á los pechos.

D. LEONOR.

¡Jesus! El juicio has perdido.
¡Yo, á quién tal simpleza alcanza!

D. SUERO.

¡Qué bien suena la alabanza
á un hombre, que está escondido!

D. LEONOR.

¡Yo á aquel hombre mentecato,
que á ser persona se niega!
¡Yo, á quien cabe una fanega,
de trigo en cada zapato!

D. SUERO

Ya mi paciencia se apura.

D. VALERIO.

Bueno estará el camarada.

D. LEONOR.

Y no digo de cebada,

pues no estubiera segura.
¡Posible es, que estés en tí!
Calla, Brigida, por Dios.

D. SUERO.

Pues con todo esto las dos
se están muriendo por mí.

D. BRIGIDA.

Tu injusto desprecio no
le desdeñe tanto, pues
como le pintas, no es.

D. SUERO.

Miren, si lo dixe yo.

D. BRIGIDA.

Y si en juicio me aconsejo:::
(asi la aseguro) puede
ser, que conmigo se quede.

D. SUERO.

No os vereis en ese espejo.

D. VALERIO.

¡Ah tyrana, que mudaste
tu cariño en interés!

D. LEONOR.

Cuerdo tu dictamen es.

Sale D. Simon.

D. SIMON.

Ya no hay paciencia, que baste.
Brigida, en quien luz mejora
ese celestial farol,
siendo á la vista del sol

muy poderosa señora,
ante tí Simon Sarmiento
con la vista macilenta,
débil la voz, se presenta
con debido acatamiento;
y dice, que tu impiedad
le tiene con cruel porfia
opreso en tu tyranía
su espontanea voluntad
en una obscura prision,
sin mas luz que la fatal,
que de tu alma pedernal
saca su pena eslabon;
sin mas sustento que enojos,
que tristes dan los sentidos,
cera amarga los oídos,
y agua salobre los ojos:
está ya determinado,
á que la sentencia infiel,
que le ha de dar lo cruel,
la dé lo desesperado;
pide (si es que acaso alcanza
alivio, en lo que le ahóga)
ó quatro varas de soga,
ó un adarme de esperanza.
Debeislo hacer, si consulta
vuestra piedad algun fuero,
por lo general primero,
que de los autos resulta.

Lo otro, porque es cruél é impío
rigor, no haya diferencia,
de lo que hurta la violencia,
á lo que dá el albedrío.
Y porque su corazon
dispuesto á rendirse estubo
siempre, á tiempo, y quando tubo
el dicho uso de razon:
por tanto, rendido al bello
Tribunal, que ser indicia:::

D. SUERO Y D. VALERIO.

Recto, le pide justicia,
y costas, y para ello.

D. BRIGIDA.

Mis enojos se aperciben.

D. LEONOR.

Tu piedad su intento apoye.

D. BRIGIDA.

Pues lo que le hablan, no oye,
entienda, lo que le escriben.

Llega Doña Brigida á la mesa, y hace señas á Don Simon, que lea.

D. BRIGIDA.

Aqui no hay sino burlar
de su pasion indiscreta.

D. VALERIO.

¡Vive Dios, que le decreta
la peticion.

D. BRIGIDA *escribiendo.*

No ha lugar.

D. SIMON *leyendo.*

¿*No ha lugar*? ¡Valgame el cielo!
¡Quién tanta crueldad dispuso!

D. BRIGIDA *escribiendo.*

Mi rigor.

D. SIMON *leyendo.*

Yo le recuso,
y á Juez competente apelo.

D. BRIGIDA.

Porfias vanas dexemos,
en que mas mi enfado crece;
y decidme ¿qué os parece
de aquel pleyto, que tenemos
Don Suero y yo?

D. SIMON.

Ahora adquirir *ap.*
meritos, es menester.

D. SUERO.

¡Fuego de Dios! ¡Yo mujer,
que sabe leer y escribir!

D. SIMON.

Señora, yo no he dexado
en este cuidado envuelto,
Baldo, que no haya revuelto,
ni Jason, que no haya hojeado.
Y no hay, por mi vida, Autor

de otros muchos, y de estos,
que no recopíle textos,
asi asi en nuestro favor.
Del dia todos los ratos
consumo en esta taréa,
para que solo me vea
mi estudio.

D. SUERO.

¡Ah Simon Pilatos!

D. SIMON.

Pero lo que ha de importar,
para dexar satisfecho,
señora, vuestro derecho:::

D. VALERIO.

¿Dónde irá este hombre, á parar?

D. SIMON.

Es, que viendo con perfecta
atencion, lo que conviene
al Don Suero, no le viene
los Llanos por linea recta,
sino transversal.

D. BRIGIDA.

Gran luz
es esa.

D. SUERO.

¡Ah lengua villana!
Salgo, ahunque mate á su hermana,
y ahunque saque el arcabuz:

Sale Don Suero.

D. SUERO.

Tú eres:::

D. LEONOR.

¡Jesus!

D. BRIGIDA.

¡Quién tal vió!

D. SIMON.

¿Qué es esto, hermana desleal?

D. SUERO.

Tú eres el transversal,
y el alma que te parió.
¡Transversal:::!

D. VALERIO.

¡Qué ratos estos!

D. SUERO.

Tu linage y proceder,
transversal tu parecer,
y transversales tus textos:
transversal el inhumano
saber de tus letras crueles,
transversales los papeles,
transversal el Escribano,
transversal la voz tyrana,
de quien tal mentira escucho;
y si me apretares mucho,
transversal hasta tu hermana.
Transversal::: Por el Señor,
que á cielo, y á tierra atiende,

que mi linage desciende
de Nabucodonosor
por linea recta, tyranos;
y no se llamó en rigor
él Nabucodonosor,
sino Nabuco de Llanos.

D. VALERIO.

Ya la risa me rebosa.

D. SUERO.

Y yo mostraré los fueros,
en que son mis escuderos
los de la de Peñalosa.
Valerio, que dueño es
de ella, lo puede decir.

D. VALERIO.

¡Esto habia de sufrir!
Tambien soy yo Montañés. *Sale.*
Tu lengua tu engaño topa.

D. SIMON.

¡Otro! ¡Ay mi honra lastimera!

D. VALERIO.

Mi casa no es tu escudera.

D. SUERO.

Y antes fue mi guarda ropa.

D. BRIGIDA.

¡Que siempre mi cruel destino
los junte!

D. VALERIO, *echando mano.*

¡Ah Suero villano!

D. SIMON.

Dispare ahora mi mano
las balas de pergamino.

Tira Don Simon los libros que están en la mesa; con uno se matan las luces, y con otro le dá á Don Suero, y andan todos tropezando.

D. BRIGIDA.

Las luces se han apagado.

D. LEONOR.

¡Ay de mí!

D. VALERIO.

Malo vá esto.

D. SIMON.

Aparame este Digesto.

D. SUERO.

Tened. *Tirando libros.*

D. SIMON.

Vaya el Inforciado.

D. VALERIO.

A la puerta se endereza
mi tino.

D. BRIGIDA.

A mover no atrevo
la planta.

D. SUERO.

¡Ay de mí, que llevo
mil textos en la cabeza!

D. LEONOR.

Juana, saca aqui la luz.

Encuentra Don Valerio con una puerta, y Don Suero con otra, y vanse.

LOS DOS.

Ya yo una puerta he encontrado.

D. SUERO.

Voyme; pues que me he librado
del infernal arcabuz.

Encuentra Don Simon con una mano á Brigida, y con otra á Leonor, y agarralas.

D. SIMON.

¿Quién es? ¡Ah zelos tyranos!

D. LEONOR.

¡Mi hermano!

D. BRIGIDA.

Este es Don Simon.

Tirando de entrambas hácia la puerta.

D. SIMON.

¡Oh afligido corazon!
¿Enemigos á dos manos?
Ven, que no te librarás
de mí, ahunque mas apretado
tires; que tiene un Letrado
mas fuerzas, que Barrabás.

D. BRIGIDA.

¡Quién vió lance mas severo!

D. LEONOR.

¡Quién los habrá aqui trahido!

D. BRIGIDA.

¡Si Don Valerio se ha ido!

D. LEONOR.

¡Si se habrá ido Don Suero!

Entralas tirando de ellas, Don Simon.

Sale Bustos.

BUSTOS.

Ya la soberana Aurora
sus tornasoles despliega,
arrullando la confusa
canalla de las tinieblas,
y mi amo no viene á casa;
pero es verdad, que ni en ella,
ni en otra pude encontrar
anoche viso de cena.
¡Valgame Dios! ¿Puede haber
mas infelice tarea,
que una ociosidad, que libres
á todas las horas dexa?
No hay tan desdichado oficio,
que con la pesada tema
del trabajo, un dia á otro
no dexa la costa hecha,
sino el servir, á quien solo
en la ociosidad se emplea;
pues consiste mi comida
en que lo tenga, ó no tenga.

Apenas dixe comida,
quando mi hambre huele apenas,
por las muchas rehendijas,
que se esparcen en la puerta,
que desde este quarto al de
Don Suero de Llanos entra,
los torreznos, que sin duda
para almorzar se aderezan.
Narices, comeos el humo,
ya que otra cosa no os llega.

Sale Don Valerio.

D. VALERIO.

Presto vine. ¿Bustos, qué haces?

BUSTOS.

Sufrirte; que es la mas fiera
cosa, que puede hacer nadie.

D. VALERIO.

¡Que no pueda ver contenta
tu condicion! Dime, hombre,
¿anoche á las once y media
no te dexé en una calle
con lodos á media pierna,
sin tener que executar
la material diligencia,
de cenar, pues no habia qué?
¿No te viniste á una pieza
muy larga, que siendo invierno
no tiene tapíz, estera,
ni brasero? ¿No me aguardas,

hasta despues que amanezca,
vestido ? ¿ No hay esperanza
de que tendrás muchas de estas?
¿ Pues , valga el diablo tu alma,
picaro, de qué te quexas?

BUSTOS.

Voto á tristo , que á nadie,
sobre darle tan perversa
vida , se le ha dado chasco.

D. VALERIO.

Entra , mi Busticos : entra;
que tambien el Montañés
viene ahora. Que me vea,
no quiero; allá te diré,
lo que ha habido.

BUSTOS.

Linda flema.

D. VALERIO.

Sigueme , acaba. *Vanse.*

Salen Don Suero y Domingo.

DOMINGO.

¿Señor,
es ya hora, de que vengas?

D. SUERO.

Hombre , no me hables palabra;
sino toma tu montera,
y vuelve , á salir conmigo.

DOMINGO.

¿Qué trahes?

D. SUERO *andando.*

Los diablos me llevan:
diera::: Sigueme tu, y calla.

DOMINGO.

¿Dónde vas con tanta priesa?

D. SUERO.

Ello dirá.

Entran por un lado y salen por otro.

DOMINGO.

¿Y es muy lexos,
donde vamos?

D. SUERO.

Ya está cerca.

DOMINGO.

Aqui hay escuela de niños.

D. SUERO.

Pues el primero, que venga,
me ha de escribir::: Pero éste

Sale un muchacho con sus cartapacios y tintero.

tiene bastante presencia.
¿Sabes escribir, muchacho?

MUCHACHO.

Y tengo papel y oblea.
¿Ha de ser carta? Pues todo
está listo.

D. SUERO.

Niño, esperá.

MUCHACHO.

¿Qué falta?

D. SUERO.

Hincar las rodillas,
y estando las manos puestas
sobre la cruz de esta espada,
que es la hereditaria prenda
de la casa de los Llanos,
jurar, que de quanto sepas
por mi voz, tendrás secreto.

MUCHACHO.

Sí juro.

Escribe el Muchacho, y pasease D. Suero.

D. SUERO.

Pues ahora empieza.
Simon Sarmiento, Letrado,
el de la hermana doncella,
por aquel lance de anoche
me veo en precisa deuda,
de desafiaros; y asi
con espada y daga espera
mi ira en el callejon
de San Blas, luego que sean
las dos de la tarde. Don
Suero de Llanos. Cierra
ese, y vamos con el otro.

MUCHACHO.

Diga usted.

D. SUERO.

Mira, que esta
segunda escritura, niño,

te ata de la suerte mesma
al secreto, que te ató
la forma de la primera.

MUCHACHO.

Sí, señor; ya estoy en eso.

D. SUERO.

El muchacho es una perla.

Dicta al Muchacho, que vá escribiendo.

Don Valerio Peñalosa,
cansada ya mi paciencia
de veros con tanta vida,
os cita, para que de ella
deis cuenta al criador, hoy Martes,
á quien de Carnestolendas
suelen llamar por mal nombre,
á eso de las dos y media
de la tarde, al callejon
de San Blas. El que desea
serviros. Suero de Llanos.

MUCHACHO *cerrandolos.*

Ya están los dos con oblea,
y sobrescrito tambien.

D. SUERO.

Pues tienes la curia hecha,
¿quánto te tiene de costa
cada papel de pendencia?

MUCHACHO.

Dé usted, lo que usted quisiere.

D. SUERO.

Toma, y para la merienda
compra quatro casadillas
de á quarto.

MUCHACHO.

En hora buena. *vase.*

D. SUERO.

Gran muchacho. Tú, Domingo,
lleva en la mano derecha
el de Don Simon; que al fin
se le ha de dar á las letras
el mejor lugar; estotro
en la izquierda, y con presteza
á la casa de los dos
desventurados los lleva.

DOMINGO.

¿Pues cómo, señor, los llamas
casi en una hora mesma?

D. SUERO.

¿El uno á las dos no llamó?

DOMINGO.

Sí.

D. SUERO.

¿Y el otro á las dos y media?

DOMINGO.

Tambien.

D. SUERO.

¿Pues en media hora

no despacharé quarenta?

DOMINGO.

Voy.

D. SUERO.

Pero prevén, Domingo,
por aquello que suceda,
un huevo y unas estopas;
que al fin no somos de piedra
los Llanos, y tambien pueden
cascarnos en la cabeza.

Vanse, y salen Don Valerio y Bustos.

D. VALERIO.

Esto pasó, que te digo.

BUSTOS.

No habria rato mas bello,
que ver al tal Don Simon
ir disparando Digestos
á los dos.

D. VALERIO.

Y yo he juzgado,
que, como los mas de aquellos
libros la enquadernacion
tienen de tabla, el Don Suero
llevó rota la cabeza.

BUSTOS.

¿En fin salisteis á tiento?
¿Y Doña Brigida?

D. VALERIO.

Estubo
muy rabiosa, muy de aquello
de: Salga este hombre del alma.
Rompase del cautiverio
injusto el vil eslabon.
Asegurese el violento
error, en que está ocupada
la ceguedad del afecto.
Hubo Pesame, señor,
con golpecito de pechos;
hubo, para establecer
mas el arrepentimiento,
su mordedura de labio,
y sus asomos de lienzo.

BUSTOS.

¿Todo eso hubo?

D. VALERIO.

Sí, amigo.

BUSTOS.

¿Y tu, qué hacias?

D. VALERIO.

Muy fresco
iba con sus eficacias
lisonjeando mis dexos.
Conjurandose las dos
contra mi engaño, yo puesto
entre dos quexas, estaba
arrullando mi sosiego.

Sus querellas daban gritos,
y el descuido soñoliento
de mi condicion trataba
su rumor como silencio.

BUSTOS.

Tú vivirás dos mil años.

D. VALERIO.

Hartos contrarios tenemos
para la vida ; pongamos
á su malicia remedio.

Salen á un tiempo por un lado Juana con manto, y por el otro Domingo.

DOMINGO.

Ya he dado el de Don Simon,
y aqueste es de Don Valerio.

JUANA.

Aqui está.

DOMINGO.

El es.

BUSTOS.

Señor, oye.
Una Dama y el Gallego
del Montañés, se nos llegan
tanto á nosotros, que creo,
que te buscan.

Dale un papel Juana, y vase.

JUANA.

Lea y haga,
lo que le mandan.

DOMINGO.

Yo llego.
Ese papel me ha mandado,
que os dé, mi señor Don Suero.

Vase dandole el papel.

D. VALERIO.

¿Qué me querrá á mí este hombre?
El de la dama ver quiero
antes. De Brigida es.
Aquesta tarde os espero *lee.*
hácia el Retiro, por ver,
si vuestro engaño y mis zelos,
el uno halla mas mentiras,
y los otros mas tormentos.

BUSTOS.

Lacónico escribe.

D. VALERIO.

Veamos
estotro.

BUSTOS.

Será muy bueno.

D. VALERIO.

¡Graciosa cosa! *abre, y lee.*

BUSTOS.

¿Por qué
esotro no lees recio?

D. VALERIO.

Esta es ya otra materia; *ap.*
pues desafiandome, es cierto,

que no puede á mí quitarme
su necedad, lo que debo
hacer; pues que tanto obliga
en la precision del duelo
el papel del ignorante,
como el papel del discreto.

BUSTOS.

Leemele, por vida tuya.

D. VALERIO.

Vén conmigo: asi pretendo *ap.*
asegurarle.

BUSTOS.

Veamos;
que yo de imprimirle tengo. *vanse.*

Sale el Sordo con espada y daga.

D. SIMON.

Hoy, llamado de un papel,
salgo al campo, Dios me asista,
y á fé que lo he menester:
¡Ay Doña Brigida esquiva;
que salgo, por si agradarte
puedo con la zambullida!

D. SUERO *saliendo.*

Perdonadme, si he tardado,
porque he estado oyendo Misa.

D. SIMON.

En camisa yo no riño.

D. SUERO.

¡Pero qué es esto! La vista,

parece, que se me turba.
Aqui tienen fin mis dias.

D. SIMON.

¿Pues no arrancais?

D. SUERO.

Esperad;
que no estamos tan de prisa.
Mejor es, doblar la capa,
y atar el pelo. Ahora mira,
si acaso te has confesado.

D. SIMON.

Si soy casado? Es mentira.
Si os mato, me casaré.

D. SUERO.

¡Ay de mí! ¡Virgen Maria,
pobre casa de Llanos,
sin succesion destruida!
¿Pues con quién quereis casar?

D. SIMON.

¡Matar! Es cosa de risa.
¿Pues qué, no hay mas que matar?
Veremoslo.

D. SUFRO.

¡Madre mia,
á Dios Mayorazgo, á Dios,
á Dios, Leonor, á Dios, hija;
que el sordo me pone hoy
como una carniceria!

D. SIMON.

¿No acabais? Vamos ya pues.

D. SUERO.

Ya voy á ello. ¡Hay tal desdicha,
que haya de morir mi casa,
sin la succesion precisa!
Mas mejor es, el templalle
con amor.

D. SIMON.

Vamos aprisa;
que se me pasa la gana.

D. SUERO.

Este bolson de reliquias,
que mi avuela me dexó,
quando partió á la otra vida,
me valga contra este diablo.

D. SIMON.

¿Qué me traheis bruxerías?
Pues no os valdrán; que la cruz
de mi espada las derriba.

D. SUERO.

Señores, el diablo es sordo;
yo me entré en linda piscina.
Don Simon, el Mayorazgo,
la mujer, la honra, la vida,
toda estará á vuestras plantas,
si me dais á Leoncrica,
entrando á ser vuestro hermano.

D. SIMON.

¡Enano yo! Esa es mentira.
¡Yo enano! ¿Pues no me veis
dos varas de longaniza?
Y asi, bien podeis reñir.

D. SUERO.

El hará de mí morcillas.
Esto no tiene remedio:
ya las piernas me rehilan,
la cabeza se me anda,
el corazon me palpita,
las manos tengo azogadas,
y hasta los huesos tiritan.

D. SIMON.

¿Pues qué haceis burla de mí?

D. SUERO.

No, señor; la cortesia,
que os debo como cuñado,
me detiene, y me retira;
mas si no tiene remedio,
Dios sea conmigo. Tira;
que aqui estoy de par en par.

D. SIMON.

Valiente es, no lo creía, *Riñen.*
si antes lo hubiera sabido,
nunca á este puesto saldria.

D. SUERO.

Valgame aqui San Narvaez,
avogado de la esgrima.

D. SIMON.

Bien riñe.

D. SUERO.

Bien se defiende.
Sordo ú diablo, punta arriba,
porque todavía falta,
que las espadas se midan.

D. SIMON.

¿Que he de ir á cenar con Dios?
Veremoslo.

D. SUERO.

A Dios, barriga.

Salo Don Valerio.

D. VALERIO.

Detened, parad. ¡Qué es esto!

D. SIMON.

¿Qué ha de ser? La zambullida.

D. SUERO.

¡Ay de mí, que me ha pasado
desde el hombro á la espaldilla,
mas de una quarta de espada!

D. VALERIO.

Tened; que ahora mi ira
ha de vengar en entrambos
acciones descomedidas.

D. SUERO.

Hombre del demonio, tente.
Pues la sangre, que palpita
en mis venas de los Llanos,

ahora por tierra no miras?
¿Primo de mi corazon,
quieres que acabe la linea,
y falte la succesion?

D. VALERIO.

Nada reparan mis iras.
¿Y vos, en qué imaginais?

D. SIMON.

Sí, señor: de zambullida.

D. VALERIO.

Conmigo habeis de reñir.

D. SUERO.

¡Jesus, qué cosa tan linda!
Dé por allá un poco el rayo.

D. SIMON.

Esa es treta muy sabida:
la aprendí, siendo muchacho.

D. SUERO.

Ya se me salen las tripas.
¿No habrá, quien de caridad
me llame un Barbero aprisa?

D. VALERIO.

¿En qué pensais? ¿Con quién hablo?

D. SIMON.

Señor mio, esa es mi herida:
atajo, la conclusion,
y luego la zambullida.

D. SUERO.

Miren, que yo me desangro.

D. VALERIO.

¿Adonde teneis la herida?

D. SUERO.

¿Pues no la veis? En el brazo,
por baxo de la tetilla,
cerca del hueso esternon,
arrimado á la vexiga.

D. VALERIO.

¡Hombre, qué estás bueno y sano!

D. SUERO.

Bueno estoy por mis reliquias,
que guardo en aquesta bolsa,
y han defendido mi vida.
Ea, valor, ahora es tiempo,
de que la honra perdida
vuelva á cobrar, y asi toma
esa estocada perdida. *riñn.*
Sordo, ú demonio atrevido
acaba con Barrabás.

D. SIMON.

Herido estoy.

D. SUERO.

Y serás
por mi brazo concluido.

D. SIMON.

Asi mi venganza sigo;
á mataros me prefiero.

D. VALERIO.

Deteneos; que primero

ahbeis de reñir conmigo.

D. SUERO.

Cumpliré vuestro deseo
en acabando esta mano.

Al paño D.Leonor, Bustos y D.Brígida tapadas.

D. LEONOR.

Siguiendo vengo á mi hermano,
que con espada::: ¡Que veo!
Valerio, Suero y Simon,
con la colera precisa
están allí.

BUSTOS.

Llega aprisa.
¿No te lo dixe? Ellos son.

D. VALERIO.

Si entrambos quereis reñir,
con los dos mis brios prueban
su colera.

D. LEONOR.

Hasta que muevan
otra vez, no he de salir.

D. VALERIO.

¿Ha de aguardar mi razon,
que otro acabe de reñir?

D. SUERO.

Y decidme: ¿ha de morir
este hombre de sopeton?
Este valiente porrazo *riñen.*
hoy mi colera apercibe,

esta estocada recibe.

Salen ahora D. Leonor y D. Brígida tapadas.

D. LEONOR.

Tened.

D. BRIGIDA.

Detened el brazo.

D. LEONOR.

¿Qué haces ? Tyrano, aguarda?

D. SUERO.

¡Mujeres:::!

D. BRIGIDA.

¿Estais en vos?

D. SIMON.

Para estos dos estas dos
son quince angeles de guarda.

D. VALERIO.

¡Quién serán, valgame el cielo!

D. SUERO.

¿Mujeres, quién aqui os tiene,
ó quién sois?

LAS DOS.

Yo soy, quien viene
á componer vuestro duelo. *descubrense.*

D. VALERIO.

¡Brígida:::!

D. SUERO.

¡Leonor tyrana:::!

LOS DOS.

á qué habeis venido acá!

D. SUERO.

¡Qué grande dicha le da
Dios, á quien le da una hermana!

D. BRIGIDA.

Desde el Retiro venir
os vi, y el lance previne.

D. LEONOR.

Siguiendo á mi hermano vine,
que rabioso vi salir.

D. VALERIO.

¿Tú, qué intentas?

D. SUERO.

¿Tú, qué quieres?

LAS DOS.

Venimos, á acreditar,
el que tambien ajustar
saben duelos las mujeres.

D. VALERIO.

¿Cómo?

D. BRIGIDA.

Vos habeis venido
de Don Suero desafiado;
que Bustos me lo ha contado.

D. SUERO.

Y todos hemos reñido.

D. LEONOR.

Vuestro duelo se cumplió
riñendo.

D. BRIGIDA.

Y si acaso fue
la precisa causa, que
á reñir os obligó
la de á noche, considera
nuestra intencion, que ya está
compuesta.

D. VALERIO.

¿Y cómo será
posible?

D. BRIGIDA.

De esta manera.
Considerando, advirtiendo,
que en los nobles siempre fue
primer empeño, mirar
por nuestra opinion; y pues,
habiendo los tres reñido,
quedais ayrosos los tres,
¿pasareis por la eleccion
de nosotras?

D. SUERO Y D. VALERIO.

Fuerza es.

D. SIMON.

Pues asi envaynan los dos,
sin duda yo quedo bien.

D. BRIGIDA.

Pues Don Suero casará:::

D. LEONOR.

Conmigo, porque en su fe

sencilla y constante es ya
mi amor mas alto interés.

D. SUERO.

Venciste, amor. Yo, señora,
rendido estoy á tus pies.

D. BRIGIDA.

Don Valerio :::

D. VALERIO.

No prosigas;
pues además de que es
deuda en mi, el sacrificar,
ya lo es el corresponder.
Esta es mi mano.

D. SIMON.

Los dos
se casan: me alegro, pues
con eso de desafios
estaré libre otra vez.

BUSTOS.

Yo con Juanilla me caso.

EL Y TODOS.

Pero antes de hacerlo, es bien,
pedir perdon de las faltas
del Sordo y el Montañes.

